

ALFAGUARA



Héctor Tizón

La mujer de Strasser





Héctor Tizón

La mujer de Strasser

ePUB v1.0

SMAGX01.12.15

más libros en epubgratis.org



© Héctor Tizón, 1997, 2004 y 2011

c/o Guillermo Schavelzon y Asoc., Agencia Literaria

www.schavelzon.com

© De esta edición:

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de Ediciones, 2011

Av. Leandro N. Alem 720 (1001) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.alfaguara.com/ar

eISBN: 978-987-04-1869-6

Diseño de cubierta: Adriana Yoel

Imagen de tapa: "The Housemaid", de Liz Ridgway

Fotografía de autor: Claudio A. Carrizo

Conversión a Epub: Juliana Orihuela, Luis Parravicini.

Tizón, Héctor

La mujer de Strasser. - 1ª ed. -

Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2011.

EBook

e-ISBN 978-987-04-1869-6

1. Narrativa Argentina . 2. Novela.

CDD A863

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).

Este libro no es de ninguna manera imaginario. No ha sido escrito a partir de un esquema, sino de una suma de recuerdos confusos, de la sombra de hechos proyectada a través de esos recuerdos y sentimientos que de una y otra manera se reiteraron a lo largo de mi vida.

Hubiese querido imitar en la narración el lenguaje o la forma vaga de los sueños. Pero esto no es posible porque un escritor trabaja con palabras, que podemos acomodar, redistribuir, pero nunca abstraer, ya que las palabras tienen una inevitable carga histórica y la narrativa no puede desobedecer a leyes casi tan inexorables como las de la física. De este modo toda narración será siempre un acercamiento posible, sólo una guía, una propuesta conjetural a la imaginación del otro. Y el resultado, para el autor, siempre será una forma de frustración y un incentivo para volver a intentarlo, una y otra vez.

H. T.

¿Por qué vuelvo una y otra vez a recordar todo esto al cabo de los años, desde este lugar donde sin duda dejaré mi osamenta, luego de tantos paseos, el mismo siempre, junto a la muralla dentro de la cual el río se encajona, descanso para mis ojos obstinadamente puestos sobre una página de Momsen o de Homero, que mis alumnos escuchan sin ostensible entusiasmo? Siempre he buscado la perfección de la frase, aunque sé que no hay nada más ambiguo que la palabra, y así gasté buena parte de mis años para llegar a decir “estéril como una piedra”. Pero no estoy conforme ni satisfecho porque sé que aun las piedras, de algún modo, se transforman, dan frutos: la piedra será también el guijarro, el polvo y el viento.

Aquel día de espaldas sobre el tejado, escondido de mi padre, en silencio y absorto, observé a un gavián en vuelo que luego de la rapiña regresaba a su nido con el pico ensangrentado. Nunca lo olvidé.

¿Cuál es la diferencia entre la vida y un instante? Hay un tiempo en que se cree que no hay otros límites que los escogidos por uno mismo. Pero al cabo comprendemos que todo puede suceder de pronto y para siempre en el andén de una estación, entre un tren y otro o al atardecer, en la fonda de un pueblo perdido y polvoriento.

Hilde. O Hilda o Brunilda; ellos habían escapado, aun a costa de los demás. Habían logrado poner el pie en uno de los últimos barcos todavía inocentes que atravesaron el mar hacia el sur, hacia unas tierras que sospechaban calientes y cruzadas por los vientos. Ellos eran los que tenían la vida por delante, o los que tenían un vago pariente adelantado —que había inventado el té en algún lugar de América que no era precisamente éste—; quedaban atrás los viejos, los que habían tomado partido, los escépticos y los muertos. Y ya aquí las distancias del país tenebrosamente provisorio les ganaron los ojos en una apuesta insensata o sin remedio. El desierto, la distancia vacía, las noches y los días entre polvorosos y tórridos, la estación ferroviaria con aspecto de galpón improvisado y los aborígenes silenciosos y obstinados que pugnaban con resignada cortesía por adueñarse de sus valijas.

Ahora veo a mi padre con la cara enjabonada. Se afeitaba mirándose en el pequeño espejo que había colgado del árbol. De pronto un estruendo espantoso, un desgarramiento del cielo y el rayo. Tal fue mi primera experiencia de la lógica de Dios. Enseguida apareció ella. Se llamaba Hilde y me levantó y estrechó en sus brazos y yo me hundí en su pecho que olía a madera recién cortada y a sudor, pero no lloraba y todo pasó y luego, mucho después, empezó a llover. A mi padre lo dejaron envuelto en una sábana sobre su cama, desfallecido y por un tiempo trastornado en aquel cuarto sahumado y en penumbras. Ella a veces usaba anteojos de cristales transparentes que le agrandaban los ojos azules y dos gruesas trenzas rubias recogidas por encima de la cabeza y sólo hablaba en alemán cuando como entonces estaba asustada. Mi madre, a quien no conocí, había muerto mucho antes.

Acaso la historia podría ser sólo este mismo paisaje, las montañas sombrías de un color confuso cambiante hora a hora desde el amanecer al crepúsculo, el valle verde y el río y las dos, tres, cinco casas desperdigadas, el barracón, que conforman el módico poblado; queremos decir: un escenario donde es casi obligado imaginar personajes como los protagonistas de esta historia que se va a narrar. Por otra parte, todos estos personajes fueron aquí ellos mismos, con sus nombres y circunstancias reales. Gente que quizás en otras tierras no hubiera despertado la atención de nadie, puesto que los hechos que fugazmente protagonizaron no son sino la repetición incesante de lo que suele suceder cuando en un determinado lugar conviven una mujer y más de un hombre.

Strasser era flaco, fuerte y alto. Al igual que Hilde, su mujer, usaba anteojos que limpiaba continuamente con un pañuelo, con la pechera de su camisa o simplemente con los dedos. Tenía cabellos lacios, claros y escasos, que cubría con un casco colonial, y pantalones aprisionados en botas de caña alta abrochadas por delante. Era un hombre extrovertido, de risa fácil, a quien le gustaba contar chistes, que decía mal y con los cuales sólo él parecía divertirse.

Buen tirador. Pomerano como su mujer aunque su madre —dijo— había sido una condesa polaca.

Cuando hacía ya mucho tiempo que el ferrocarril había llegado a la frontera, la carretera aún mostraba aspectos ruinosos que el estiaje de ríos y corrientes de aguas turbulentas convertían cada año en calamidades. Justamente por eso había venido Strasser a dirigir la construcción del puente sobre el río a comienzos del año 39. Y con él su mujer, que por entonces no tendría treinta años, más bien tímida, con el súbito fugaz desparpajo de los tímidos.

Allí Strasser y un montón de peones aborígenes, a quienes daba órdenes por intermedio de Janos —“No me entienden”, dijo, “o sólo me entienden mal”—, comenzaron a trabajar con sus herramientas y sus manos un par de kilómetros río arriba, en el lugar propicio para desviar el cauce y de este modo dejar el terreno seco y libre en el que se emplazaría el arranque del puente, un centenar de metros más abajo de la casa rodeada de galerías delante de la cual, como un signo de hospitalidad, se erguían dos cipreses.

—¿Y usted? —preguntó Janos.

—¿Yo, qué? —dijo Strasser.

—Si usted los entiende; si se ha dado cuenta de que ellos también hablan, quiero decir.

—Hablan... poco. Y cantan —dijo Strasser.

—Sí.

A lo lejos se escuchó el sofocado estruendo de un cartucho de dinamita, de los que hacían estallar los hombres para remover las grandes rocas de las orillas del río.

—Sí —dijo Strasser.

Pero ya no estaba Janos; entonces caminaba sin prisa por el sendero de sirga en dirección de los estruendos acallados, reemplazados por una casi imperceptible estela de humo. Y también las montañas semejantes. Nunca sabría si se fue imaginando esto o si lo que ahora recordaba era por esta semejanza. Y este aire parecidamente diáfano, y seco. E inmóvil. Nadie podría probarlo, ni incluso él mismo. Y quizá por primera vez en estos cinco ¿o seis? años volvían a él estas imágenes parcialmente sobrepuestas y silenciosas como ecos de la memoria y él era de cinco años menos tan sólo aunque veinte o treinta, o un siglo menor y nunca, en aquellos meses intensos o muy pocas veces hubiera pensado en su mujer, a poco muerta y en su hijo casi del todo huérfano como ahora en que estos estruendos suenan. Y nada de esto podría traslucirse en la aparente frialdad o indiferencia de su mirada, ahora, cuando caminaba sin obligación detrás de estos estruendos como ecos y cuando, casi al final, se detuvo y allí estaba ella con sus trenzas recogidas, su vestido blanco contra el claro, mirando hacia las aguas del río que corrían y buscaban torpemente su rumbo. La vio y su primer impulso fue ocultarse.

Hilde no vio a nadie y tampoco pensó que nadie la observara. Sólo tenía enfrente esas aguas turbulentas que buscaban paso y el faldeo del cerro contrario, cuando la tarde se oscurecía y regresó apresuradamente, como perseguida por premoniciones ominosas a la claridad del farol en el salón de la casa. Abrió la puerta de prisa y observó el farol que se movía casi imperceptiblemente colgado del travesaño, a dos o tres metros de la ventana que daba al sendero por donde había venido y ya nada se veía y lo llamó, pero en voz baja, segura de que allí estaba. Después se sentó en la mecedora junto a la gran alacena hasta que escuchó unos pasos en el dormitorio y entonces preguntó si estaba allí. Enseguida creyó oír algo como un quejido, un suspiro gorgoteante o una o dos palabras confusas.

—¿Estás ahí? —dijo.

El farol aún no se había quietado y la puerta del dormitorio se abrió lentamente sobresaltándola y los vio. Él tendría no mucho más de veinte años o no mucho menos de treinta y era fuerte y tenía los ojos negros, y por detrás la mujer vieja prendida con una mano del faldón de su camisa, como si lo acabara de atrapar o fuese ciega. Los ojos del hombre eran negros y dulces o indiferentes y la vieja llevaba un pañuelo atado a la nuca.

—Ahí está —dijo la vieja.

—¿Quién? ¿Por qué?

—Ahí está borracho... Éste lo ha recogido. En el camino estaba sentado sobre una piedra y se caía.

Todo esto lo dijo casi sin detenerse, andando en dirección de la salida, cuando ella volvió a hablar dirigiéndose al mozo:

—¿Dónde?

El hombre no dejaba de mirarla.

Ahí —dijo la vieja—. Ahora el sueño será su medicina.

—¿Ustedes quiénes son?

Pero la vieja no dijo nada más y se fue sin apuro, el mozo delante y ella por detrás agarrada de su camisa. Después, Strasser, en su cama, volvió a decir en sueños algo que nadie entendió.

Janos vio desde la distancia la luz aún encendida del farol de la sala. En realidad el farol en la sala permanecía casi todas las noches encendido porque Strasser no pocas veces, insomne o borracho, abandonaba a tientas el dormitorio y deambulaba por la casa en busca de agua, aspirinas o de otro trago y también, no pocas veces, pasaba buena parte de la noche allí, sentado o tumbado en uno de los desvencijados sillones dormitando o despierto pero sin gafas, presionándose a menudo con el pulgar y el índice los párpados sobre los ojos irritados cuando el gato flaco, oscuro e imprevisible, al verlo huía o por el contrario se acercaba hasta sus pies, sus piernas, pero sin permitirle jamás que lo atrapara o simplemente le pusiese la mano encima. Janos desde la distancia vio la luz del farol encendida. La barraca de los peones sí estaba a oscuras. Sentado en el umbral de la galería volvió a los recuerdos de esa tarde. Había como una vaga neblina también en ellos. En menos de un cuarto de hora ocuparon Mirabueno, casi sin bajas y con muchas del enemigo. Pero los garibaldinos cometieron una equivocación muy grave: olvidaron señalar el terreno y nuestra propia aviación nos ametralló.

El tiempo no es duradero, es sólo menos que un instante. Janos comenzaba a sentir el frío propio del comienzo del alba y creyó escuchar un llanto apagado pero inequívoco a través de la ventana que daba a la galería. Se recogió aún más buscando el cobijo de un pilar. Pensaba en Gilles, siempre con un cigarrillo apagado entre los dedos, que sólo manoseaba y por momentos olía, sin encender. “Mis pulmones”, decía, “y el asma”. España asediada era por entonces como una luz que atraía los sueños y la imaginación de los hombres. Él junto a dos más, compañeros casuales, había tomado en Buenos Aires un viejo transporte de cereales para luego de veinte días de navegación hacer pie en la escala de Vigo. Dejó aquí a su mujer y a su hijo recién nacido y tardó meses en atravesar las líneas, caminando de noche y ocultándose de día en bosques y matorrales.

El hombre sueña, se empeña y construye. Cada uno lo hace a su medida. Pero su paga es la muerte y el olvido. Él no había querido unirse a la columna de Rajk, aunque aún se llamaba Janos y guardaba en su memoria los relatos en boca de su padre, el último de los siete hijos de un artesano de Bukovina emigrado a América. Se enganchó entonces en un grupo heterogéneo y al cabo de once días partió al frente. A poco de andar el camión en que viajaban quedó inutilizado y lo abandonaron para unirse a la infantería que marchaba a campo través entre un lodazal y unos sembradíos bajo el fuego de la artillería y la aviación enemigas. En tres días avanzaron un kilómetro con apenas un bocado en el estómago y casi sin dormir. Pero en Almadrones todo fue peor.

El frío de la noche se acentuaba y el silencio, los murmullos en el interior de la casa se acallaron, aunque la luz sobrevivía, mortecina. La puerta crujió, casi inaudiblemente.

En Almadrones avanzamos corriendo, agachados y veloces a lo largo de una era abandonada, hasta que la primera ráfaga nos dejó sin jefes. Todos los oficiales muertos, salvo Gilles y yo. Era media mañana nublada y oscura. Desde las trincheras continuó el fuego; nosotros sin poder

ponernos de pie, arrastrándonos entre los viñedos achaparrados, tratábamos de cavar la tierra con las bayonetas, con las uñas hasta sangrarnos los dedos. Cuando cayó la noche se ordenó la retirada. Sólo llegamos dieciséis a nuestra trinchera. Se sirvió café en una marmita que iba pasando de mano en mano, el último era Gilles y mientras intentaba meter su jarro en la marmita apoyada entre sus rodillas una bala le voló la cabeza. Sus sesos se desparramaron en la marmita.

Janos abandonó sobre una piedra la colilla apagada que se había enfriado entre sus dedos y se puso de pie. Cuando lo hizo vio a la mujer, su figura blanca acodada sobre la cerca de la galería, en el otro extremo, y al cabo la voz de Strasser llamándola desde adentro de la casa.

Pero ella se ocultó en las sombras.

Ella comenzó a caminar otra vez en dirección del río. La noche era tibia aquí, henchida en las sombras y saturada de músicas inauditas, llantos de jabalíes, aullidos de zorras enceladas o suspiros de lechuzas allanadas a la densidad de la noche; y los olores que imperceptiblemente se elevan del seno y se desdoblán como miasmas de los pantanos. Ella se quitó las gafas, no las necesitaba porque lo que miraba lo veía con su cuerpo. Creía ver o veía entre los bejucos y el follaje rastrero, confundido entre las piedras negras, el seco encogido del corazón de los muertos y en el aire vivo aún o reticente y agresivo el alarido de las vírgenes sacrificadas en las horquetas de los cebiles, nueras de los impertinentes y de los que creen que la ley está por encima de las ganas, y el llanto sobrecogido de los niños bastardos abandonados sobre negros hormigueros.

¿Cómo había llegado y por qué hasta este lugar remoto?

Tal vez su aparición será recordada por los otros de este modo: primero de pie en el estribo del vagón y antes de que el tren se detuviera en el andén ya estuvo Strasser entre quienes lo esperaban, con su mirada atenta detrás de los gruesos cristales, y extendió la mano, tan alto y fuerte diciendo que era quien venía detrás del aviso telegráfico que lo anunciara, a construir el puente. La primera imagen de Strasser fue ésa, parado en el estribo del vagón, que luego de un salto ágil y tal vez imprevisto estuvo en el andén diez segundos antes de que el tren se detuviera; él y su valija de cuero, dos valijas en realidad, que enseguida dejó en el suelo para extender la mano y saludar. Así se lo recordará, cordial y muy alto, como un ingeniero llegado del sur. Y por detrás su mujer que nadie supo cuándo descendió y esperó allí, sonriendo, que alguno se percatara de ella. Nadie más llegó ese día.

El río, desmadrado, rugía y en la cocina Eduviges y Tilo, sentado junto a la mesa, descansando luego de haber acarreado las diez brazadas de leña seca, astilladas, hachadas o quebradas a golpes con el contracanto del hacha. Después, todos sentados alrededor de la mesa presidida a su pesar por Janos, también fuerte y flaco pero más bajo que Strasser, duro de huesos, ojos castaños pequeños, tristes o rencorosos quizá, nariz afilada, con aspecto de zorro, la piel curtida sobre todo en el abanico de arrugas junto a los ojos. Se había mudado de camisa y comía la sopa excesivamente agachado sobre su plato. Una muchacha, innominada, detrás de los comensales, con un manojo de espliego atado en la punta de una caña espantaba las moscas de vez en cuando.

Hilde caminó en dirección al río. Buscaba el ruido de las aguas que al deslizarse tumultuosamente la calmaban, pero también la empujaban hacia adentro, como un símbolo. Toda su vida había transcurrido junto a las aguas de un río y junto a las aguas, no de un río sino del lago Molchow, había conocido a Strasser. Ambos en aquella excursión habían abandonado su bicicleta y se internaron bosque adentro. Era verano. Él tenía puestos unos pantalones cortos de cuero y ella estaba de trenzas. Ninguno de los dos tenía nada que temer. La violencia por entonces sólo existía en las ciudades y para unos pocos que, además, nada significaban. Entre su virginidad y la torpeza y el ofuscamiento de él todo se malogró. Después comenzó a llover de pronto, como ahora, aunque no como ahora —sin los truenos, las descargas, los

relámpagos tumultuosos de aquí— sino dócil y apaciblemente, y su hermana Helga y Joaquín aparecieron mojados y triunfantes cuando ella los llamó a gritos y ya estuvieron los cuatro, con sus bicicletas en la mano bajo los grandes árboles refugiados, esperando la balsa para atravesar el lago. Qué remotamente ajenos estaban entonces de este confín, muertos ahora los otros dos. “No quiero recordar”, pensó Hilde. “No me gusta. De nada sirve ya. Para atrás es todo como un sueño y los sueños perturban.”

Antes de cumplir veinte años estaban casados y, a poco, él regresaba de noche cada vez más tarde a casa demorado en reuniones cada vez más usuales a las que comenzó a asistir de uniforme, como los demás. Vivían por entonces en una misma casa con su hermana Helga y con Joaquín; pero ellos ocupaban la planta alta. Joaquín, que murió temprano, se burlaba de aquellas reuniones. Una de esas noches ella fue a buscar a su marido y lo halló con otra. Ninguno trató de escapar, ni siquiera de disimular, ambos comenzaron a vestirse sin prisa antes de que ella descendiera las escaleras del caserón donde funcionaba una taberna y, en los altos, las oficinas de la Juventud. Desde aquel momento él trató de explicarle que un hombre puede amar a una mujer y acostarse con otra. Y desde entonces también ella fue su cómplice. Y ella piensa: “Yo estaba fascinada por él, pero también con la idea de verlo junto a otra y a poco comencé a convertirme en un señuelo para atrapar a otras mujeres. Él era atractivo sin proponérselo, un seductor sin astucia o alguien que no usaba la astucia porque no se proponía seducir. Yo lo observaba pero nunca tenía la certeza de lo que veía, ni de sus actos ni de sus omisiones. En realidad, creo que él era yo misma, o yo quería ser él, ser los dos a la vez. Por eso quizá comencé, primero inconscientemente, a provocar encuentros, relaciones entre él, entre nosotros y otras mujeres, para observar mejor, siendo o tratando de sentirme ajena e íntima a la vez; echándolo en brazos de otra para ser yo misma y él y la otra a la vez. Esto duró un tiempo, no sé cuánto, pero él era distraído o indiferente o simplemente monógamo. Fue cuando comencé a preguntarme si él, Wilhem Strasser, siempre había sido o era para mí el hombre más atractivo. Hasta que me fijé en Joaquín, el marido de mi hermana”.

Ya amanecía y de regreso en la galería sintió frío. En cuclillas, semidormida, vio a lo lejos en la barraca las maniobras de Tilo y su madre cargando los tachos de leche recién ordeñada en el *tilbury* después los vio partir, su ancha espalda blanca cruzada por los oscuros tiradores, y escuchó el chasquido de la fusta sonando en el aire sobre los caballos.

La construcción del puente avanzaba de acuerdo a lo previsto. Las enormes zapatas de las bases debían estar hechas entre el otoño y la primavera, que era el tiempo en que las aguas disminuían. El tiempo anterior —de mayo a agosto— había sido malogrado en estériles discusiones aparentemente sostenidas entre Strasser y Janos pero en realidad impuestas por la caprichosa voluntad del río. Todo esto quiere decir que desde noviembre a marzo, cuando las aguas desheladas y las lluvias hacían su voluntad, los constructores debían esperar resignados, ensimismados en aquella soledad sin embargo lujuriosa.

En aquella soledad en que llovía y todo era monocolor mientras llovía, de día gris y oscuro, negro impenetrable desde el anochecer al alba, se impacientaban los hombres sin saberlo, encerrados e impotentes y las ganas o la imaginación se pervertían o la falta de imaginación y los vagos recuerdos. En la cabaña del obrador, con olor a fiemo de cabra, a humo de madera verde quemada, a piedra mojada, se sucedían entonces esporádicas charlas, intermitentes guitarreos, risas y silencios con salidas breves cuando la lluvia se calmaba, para observar los estragos de las aguas; no había en aquellas horas más remedio que el alcohol y las barajas hasta quedarse dormidos apenas antes de que la pálida señal aloque y fría del amanecer comenzara a insinuarse entre las cumbres de los cerros. Fue uno de esos días cuando ocurrió el primer desafío de Strasser. Trabajaba la cuadrilla en el extremo de una picada que habían abierto en el bosque mojado, vecino al río, donde también montaron un aserradero para la madera de los

encofrados. Strasser esa tarde había permanecido durante mucho tiempo con la copa en la mano, contemplando aparentemente la última claridad del día y dijo, una y otra vez:

—Lichtenberg.

El que estaba más cerca dijo:

—¿Qué?

—Hoy tampoco podremos salir —dijo otro.

—Lichtenberg —volvió a decir Strasser, señalando hacia las montañas.

Habían comenzado a beber a media tarde y a esa hora estaban todos exaltados o francamente borrachos. Strasser volvió a hablar pero esta vez dijo:

—Voy a pegarme un tiro —los demás lo miraron sin comprender—. Pero no será gratis —agregó—. ¿Alguien más quiere pegarse un tiro?

—Nadie más está loco aquí —dijo Janos.

Un peón bajito terminó de llenar con un chorro de agua la copa de anís de Strasser, cuando éste decía:

—Bien, si alguien quiere apostar...

—Si es por mucha plata me lo pego yo también —dijo el peón bajito que ahora se limpiaba o secaba las manos con un pañuelo oscuro—. Total, un dedo o un pie de menos...

Strasser, que ni siquiera cuando le llenó la copa parecía haber notado su presencia, ahora lo miró con desprecio y dijo:

—No. Ni en un pie ni en un dedo, sino en la cabeza. Y no por plata.

Los otros prestaron atención pero ninguno habló. Anochecía.

—Yo lo haré —dijo Strasser—. Por un cajón de cerveza oscura. ¿Quién lo paga?

El hombre bajito vio de pronto el relumbrón del revólver a la luz del farol y comenzó a temblar y a reír a la vez. Los demás no se movieron. Janos, sin levantar la vista de la mesa junto a la cual estaban sentados, dijo:

—No hay aquí un cajón de cerveza.

—Puedo ir a buscar uno —dijo el bajito.

—No hay tiempo —dijo Janos—. Se matará por nada.

—Por nada no —dijo Strasser—. Pongan la plata sobre la mesa.

El hombre bajito puso lo que tenía en sus bolsillos y dos o tres más lo imitaron. Strasser se metió el revólver en la boca y se voló la mejilla de un tiro. Las gafas cayeron sobre la mesa cuando intentó ponerse de pie para recoger el dinero, su mano sobre la cara ensangrentada. Después, tambaleándose, dio dos o tres pasos hacia la puerta y cuando la abrió cayó sobre el umbral. Una ráfaga de viento frío apagó el farol. Seguía lloviendo.

Entre el peón bajito, que lloraba, y otro de los que estaban, ayudaron a Strasser y lo echaron sobre un catre. Ahora parecía completamente borracho y su voz sonó atiplada e infantil cuando dijo:

—Ahora quiero mi cerveza.

Entre todos limpiaron con el alcohol de la lámpara la mejilla de Strasser atravesada, al tiempo que Janos ordenaba ir en busca de *tilbury*.

—¡Dios mío! ¿Por qué lo ha hecho? —dijo el bajito—. El gringo está mal...

—La desgracia es el maestro de los locos, ya se sabe —dijo Janos, mientras sujetaba las manos que Strasser intentaba llevarse a la cara.

En los atardeceres, aunque no en todos, sonaba el bandoneón de Tilo, una música o un quejido prolongado del agudo al bajo y vuelta a empezar, el comienzo cuidadoso y tímido de una melodía, una canción dulce y sencilla que entonces todos conocíamos, apenas esbozada y después un breve silencio y otra vez comenzar. Tilo, en camisa blanca de cuello blando y amplio con el paño verde extendido sobre sus rodillas donde apoyaba el bandoneón, en las tardes.

Eso había sido al comienzo, cuando el bandoneón llegó por encomienda postal y lo abrió y expuso ya sin su embalaje, reluciente y agazapado, sobre la mesa donde se comía y a su alrededor desfilamos todos para ver un bandoneón. Y ahora era igual, cuando sonaba en las tardes luego de tantos meses aunque ya Tilo podía recordarnos *Caminito*, *Muñeca de cristal* y trozos de vales criollos y *Damisel* comenzó a ganar algún dinero por alquilarse, que ella recogía, doña Eduviges, en un pañuelo ahuecado, lo que era voluntad o podía cada cual para solventar en un principio las cuotas del bandoneón pero que él ni siquiera miraba, el dinero.

Llovía otra vez, ¿cómo había sido antes? Hilde, sentada en la penumbra escuchaba la música y la lluvia que no cesaban, salvo intermitencias, de sonar. Strasser la llamaba en sueños y por momentos intentaba cantar o hablar algo que ya hacía un tiempo había comenzado a no entender, en tanto ella una y otra vez debía salir hasta el manantial al pie de la galería para remojar los paños fríos sobre su mejilla destrozada.

Sentada al borde de la cama donde Strasser yacía afiebrado y con la cara hinchada y escocida por la herida que iba para cicatrizar, pensaba en ella junto a él, en sí misma separada pero junto a él como ahora aunque así desde hacía tanto tiempo. Cuando su hermana Helga lo supo, cuando lo supieron, los tres se abrazaron llorando en la cocina, cuando también él entró en la cocina y los observó perplejo y supieron que ya nada más que eso podría ocurrir y que ahora estaban vacíos y arrepentidos y unidos para siempre. Tal vez, él entonces se dio cuenta aunque a ninguno de los otros le importara y ni siquiera a él. Pero desde aquel momento ella se esforzaba por no olvidar su culpa, puesto que si la culpa desaparecía ya no le quedaría nada. Luego vinieron los días que se sumaban unos a otros. Joaquín fue movilizad y ellos, los tres, fueron a despedirlo en el andén y agitaron sus manos como si supieran ya que iba a desaparecer como desapareció de golpe aquella imagen suya detrás del cristal de la ventanilla del vagón y sólo agitó una mano. Helga al cabo volvió a casarse y desapareció dos o tres ciudades más lejos. Y ahora, Helga perdida para siempre y sólo ellos dos, en estas tierras, hacía mucho durmiendo o yaciendo juntos sin estarlo.

Ella acudió a la barraca. Llamó a la entrada nomás por llamar, ya que la puerta estaba abierta y penetró dos pasos en aquella penumbra pesada que olía como a fogón apagado.

—Mujer —dijo.

En el fondo, contra un muro ciego había un catre. Ella volvió a llamar. Era a comienzos de agosto; de un travesaño colgaban trenzas de ajo puestas a secar. Tilo dormía en el catre; ella lo vio, estuvo unos instantes contemplándolo y volvió a salir. A un costado de la barraca, donde había una fragua apagada y colgaba un riel, estaba la vieja quebrando unas ramas secas. La vieja sonrió mostrando su boca sin dientes. Ella se sentó en una piedra junto a la fragua y comenzó a llorar. La vieja dejó de hacer y esperó.

—Él está mal —dijo ella.

—No es nada —dijo la vieja.

—¿Nada?... Todavía sangra y tiene fiebre.

—Pierde lo que no importa. Ya estará bien.

—¿Podría usted verlo? ¿Podría ir a verlo?

—Ya lo he visto —dijo la vieja. Hilde la observó sorprendida—. Mientras dormían.

—¿Cuándo se curará? —preguntó Hilde—. ¿Qué debo hacer?

—Cuando te importe.

Hilde la miró aún más sorprendida.

—¿Qué dices?

—Te importa con la cabeza —dijo Eduviges—. Eso entre hombre y mujer no interesa. Sólo vale para hombre y hombre.

—¿No interesa? ¿A quién?

—Sólo los cuerpos interesan. Sólo los cuerpos que están juntos interesan —dijo la vieja.

—¿Cómo fue? —pregunta ella, una y otra vez.

—¿Cómo fue qué? —dice Janos.

—Lo del disparo. ¿De verdad, él mismo se lo hizo?

—Pregúnteselo —dice Janos.

—Él no puede hablar.

—Ya lo sabrá —dice Janos.

Otra vez la lluvia, antes a ráfagas y ahora cayendo copiosa y mansamente en la tarde oscurecida entre las montañas y, muy cerca, las aguas del río turbulentas, bramando, otra vez.

—¿Llueve así, tanto, siempre?

—Durante cuatro meses; ya ustedes lo sabían.

—¿Lo sabíamos?

—Los partes meteorológicos —dice Janos y al decirlo siente que esta palabra no tiene nada que ver entre los dos. Quiere decir, él tendría que haberlo sabido. Janos está en mangas de camisa y el frío que trajo el viento que trajo la lluvia le eriza imperceptiblemente el vello de los brazos.

—¿Quiere irse?

Ella ahora lo mira, sus ojos se encuentran fugazmente, pero Janos desvía los suyos hacia el pastizal anegado, porque los ojos de la mujer —recuerda— son como un viento caliente.

—¿Por qué no se van? —dice al cabo.

El botón de la radio al girar sonó como un estampido seco demasiado existente en el silencio de ese cuarto que olía a desinfectante, en el vacío de aquellas cuatro paredes blancas en una de las cuales colgaba un crucifijo de origen incierto entrelazado con una ramita de nomeolvides sobre y muy arriba de la cama donde Strasser yacía con las botas puestas. Él la miró con reproche, no podía hablar aún, con las mejillas inflamadas que le habían puesto la cara como un odre, pero quiso decir sin duda que por la radio hablaban y él quería escuchar acerca de Cracovia, Lídice, Varsovia, de la caballería arrollada por las cremalleras. Pero ella con aquel estampido seco del botón silenció esas noticias remotas y todo volvió a esta calma en donde sólo importaban las moscas que debían ser ahuyentadas de la gruesa herida de la cara del hombre que allí pasaba los días semivestido y tumbado, sin poder hablar ni silbar o canturrear sobre la cama apenas abrigada con una cobija marfileña tejida al croché en incontables días por quien había sido mi madre.

Por este día la lluvia ha cesado y la luz va mostrando de a poco primero la diferencia de los colores —verde sobre verde— y luego los cuerpos de las cosas a lo lejos, los árboles y los acantilados y las rocas; la luz del sol diluyendo las veladuras que la lluvia había puesto sobre el mundo. Era media mañana y ella, sentada al borde del remanso de aguas claras que se había formado en una curva del río, tenía los pies descalzos metidos en el agua, su vestido blanco y suelto arremangado arriba de las rodillas. Strasser dormía a esa hora, rendido por la noche en vela. Ella no sentía ya el frío del agua y se metió un poco más, el agua corría allí con mansedumbre aparente, para precipitarse después, encajonando el cauce más allá de la curva. Después con las manos mojadas fue desprendiendo los botones del vestido hasta dejar el pecho descubierto y al sol y se mojó la cara y el cuello y echó su cuerpo hacia atrás apoyándose con las manos en la tierra. No podía abrir los ojos por el resplandor y pensó: “Él me quiere sólo para él, como a una cosa, pero sólo delante de otros. Ya lo ha hecho antes”, recordó. Siempre lo había hecho. Abrió apenas los ojos y vio una bandada de loros volando hacia el este. “Un árbol es más que yo, y aun un loro es más que yo, tendrá más vida que yo.” Ya antes lo había intentado, poniendo la mano sobre la llama de una vela, mientras comían los cuatro, cuando le dijo a Helga lo que ahora mismo estaba pensando. Volvió a abrir los ojos y ya no había pájaros en el cielo. Entonces escuchó crujir unas ramas y sobresaltada vio moverse los pastos altos de la ribera y ahogó un grito al ver de pronto a Tilo que la miraba.

—¿Qué haces? —Tilo parecía sonreír. Algo le abultaba en la camisa—. ¿Qué? —Tilo avanzó tres o cuatro pasos hasta ponerse junto a ella que ya estaba de pie. Todo estaba inmóvil como antes, no había pájaros, sólo el resto de la lluvia de la noche en el follaje brillante.

—¿Qué tienes ahí? —Tilo se acercó un poco más aún, pero ella no retrocedió—. ¿Qué tienes? —Él le tomó la mano y se la puso adentro de su camisa y ella dio un grito cuando sintió en su mano el cuerpo vivo, frío y resbaloso de la culebra verde que saltó de su camisa y huyó serpenteando para perderse en el pastizal.

—¡Estúpido, idiota! —dijo ella, la voz casi impedida por el llanto. Tilo la observaba, asombrado o asustado, ya no parecía reír.

De regreso a la casa, ya el sol alto, vio a Janos a la distancia, también él parecía regresar del río, pero no la vio, o ni siquiera contestó su saludo.

Al atardecer llegó Tilo con su madre por detrás. Apenas si esperaron para entrar luego de haber llamado a la puerta. Ella estaba sola. Tilo llevaba en la mano una cesta con higos. Se había peinado mojándose los cabellos que relucían oscuros.

—Tómelos —dijo Tilo. La vieja, detrás, reía mostrando las encías y asentía—. Son para usted.

—Toditos —dijo Eduviges.

Tilo puso la cesta sobre la mesa sin dejar de mirarla y salieron. Cuando ya no estaban ella observó los higos, luego se sentó en la cama y lloró y así estuvo hasta que fue de noche.

Ahora es de noche y las ranas no cesan de croar; su canto ininterrumpido y monocorde adormece o exaspera y es equívoco como una profecía.

Joaquín, siendo tan distinto, en el fondo o en lo esencial era como Strasser, llevaban en sus bocas el seco sabor de que todo es igual. La diferencia estaba en que Joaquín quería ignorarlo, olvidarse, por eso es que siempre trataba de ser otro, de ir más allá de él mismo o de enmascararse. Y ella le daba algo que él no tenía o no sabía que tuviese. “¿Por qué lo hacemos?”, preguntó una vez. “¿Porque todo es igual?” “Si lo piensas, todo es igual.” “No se puede vivir sin pensar”, dijo; luego se quedó un largo rato inmóvil, observando las figuras desleídas, vagas o ya confusas por la miseria del tiempo del empapelado en las paredes del cuarto donde se habían citado. Desde la cervecería de abajo llegaban voces, ruidos, música. Entonces dijo: “Amo a Helga, pero quiero estar contigo porque así estoy seguro de que existo”. Joaquín era tímido, patriota sin énfasis y destinado a la muerte prematura.

Eso duró varios meses, un año quizá. Los otros dos lo sospechaban y ella recuerda: los otros dos... qué fácil es decirlo así. Y al saberlo todos nos enriquecíamos con el dolor de aquella simulada incertidumbre. Después vinieron la movilización y el triunfalismo. Pero también las primeras muertes. Y nuestra decisión de huir. La desaparición temprana de Joaquín nos señaló el camino. Con su muerte quedábamos en paz. Pero también vacíos o ajenos, para siempre.

De Joaquín ya casi nada concreto recuerdo, piensa Hilde. ¿Cómo eran sus labios, sus cejas, su voz? Pero hay algo que sí recuerdo, algo que vagamente he vuelto a sentir por momentos: tener de pronto la certeza de que seré *ella* para mí del todo indiferente, o que él y yo — *ella*— éramos indiferentes y que eso era tan sólo un recurso del lenguaje y que más allá del lenguaje o de esas palabras éramos los dos uno y otro; que todos éramos tan sólo uno y otro y otro y uno a la vez.

Creo —piensa ella— que esta lluvia casi permanente y la inactividad nos han enfermado a todos.

Hasta que las lluvias cesen y el río no se cohíba y amanse, los trabajos no podrán continuar.

Janos ha salido con un peón y tres perros a perseguir a un hipotético puma que anteayer merodeaba por los fondos de la barraca. Sus huellas —dice— son del tamaño del puño de un muchacho. Strasser ya puede comer bocados blandos, pero no puede silbar ni cantar. También está irritado por las lluvias. Sólo Tilo y su madre y los demás que de noche se hacían en la barraca parecen indiferentes a la lluvia o al sol. Janos regresa al anochecer; no han dado con el

puma. Janos está sucio de barro y sus cabellos mojados le dan un aspecto juvenil, seca el fusil cuidadosamente con un trapo y lo guarda sobre la alacena en la cocina, a mano siempre por las comadreas. Ella ve todo esto desde el ventanal de la sala.

Los higos quedaron en la cesta todo ese día y el siguiente, cuando la vieja vino en busca de la cesta. Estaban maduros y se deshacían entre los dedos al quitarles la piel.

—Qué frutos tan golosinos, ¿verdad? Cómalos con todo —dijo la vieja.

Ella había oído que la piel lechosa de los higos dañaba la boca y se lo preguntó.

—Si usted lo cree, así será —dijo Eduviges, que ya tenía la cesta vacía en la mano—. Aquí no pensamos en las llagas sino en los higos.

Ella piensa: ¿por qué me siento como flotando o ausente, como un fantasma aceptado y familiar?, ¿por qué no estoy? Esto quizás ha sido el mayor de mis males. Nunca he sabido ser tangible, convivir. Estar presente. Sólo los niños pequeños son libres, pero son libres cuando están solos. Un día, en Erlanger... ya no recuerdo el motivo de nuestro viaje hacia allí. La nieve había dejado de caer y el frío no era tanto, estaba oscureciendo a las cuatro de la tarde. Luego de la comida en casa de los Brücher, entre tonterías y bostezos disimulados nos aburríamos. Pero llegó la hora; la fanfarria paramilitar pasó encabezando el desfile, todos se aprestaron entonces para la larga marcha desde la estación hacia el confín. Él dijo que debíamos prepararnos antes de estar presos en la multitud. Yo miraba a través de los cristales doblemente empañados, los de mis gafas y el del ventanal, y no me moví hasta que todos salimos de la casa para unirnos a la manifestación del Partido. Ya en medio de la gente, de los cantos y gritos, del ruido y de los acordes militares, sentí que debía hacer lo que habían hecho todos antes de salir y que no podía dejar de hacerlo y lo hice, como los niños pequeños, y de pronto me sentí mojada hasta las rodillas y libre y abrigada en mi propia tibieza y liberada y contenta en lo más profundo y secreto y sentí también que mi alegría era incontenible y desbordante mientras me mojaba, como un niño pequeño, en medio de la marcha y los cánticos, los pasos de ganso, la fanfarria militar y el abrazo de él, que confundía mi honda, íntima satisfacción, mi pequeña libertad, con su alegría patriótica, adolescente, jocunda y deportiva.

Ahora aquí, Tilo está arrodillado sobre una piedra chata y lisa y parece observar atentamente algo en la superficie del agua; el río es playo en este lugar pero las aguas son rumorosas por el declive. Me descubro como al acecho, sin habérmelo propuesto, entre el follaje, detenida allí donde el bosque se interrumpe por la playa del río sin saber qué hacer al cabo del paseo a la ventura. De pronto él, sin ponerse de pie, comienza a quitarse la camiseta hasta quedar con el torso desnudo y la mete en el agua para lavarla; una, dos, varias veces la moja y la retuerce y vuelve a hacer lo mismo. Después se tira como un gato al sol y entonces me sentí temblando y recordé los cuentos sobre mi abuela cuáquera ante una apariencia incompañable y que por ello provocaba la risa solapada de los demás. Cuando dejé de temblar, yo misma estaba riendo. No comprendía a mi cuerpo, nada sabía de él, pero sentía que me gustaba que fuese mío, que me arrojara y calentara y que me diera la certeza de estar viva.

A veces pienso que mi vida parece un milagro, o que es sólo el resultado de una compleja y tal vez casual sucesión de hechos dirigidos desde arriba. Yo sola no soy suficiente, ni aun mi cuerpo es suficiente, ni el alma ni la mente valen por sí solas. Pienso por momentos que la gente, la mayoría de los hombres son sólo artefactos. Sólo cuando entro o soy penetrada en la intimidad de otro, existo, porque un solo leño no produce llamas ni fuego.

Los trabajos en el puente han recommenzado.

A comienzos del otoño y antes de los vientos de agosto el tiempo es apacible, el aire quieto, las mañanas luminosas y tibias. El cielo es como un enorme fanal transparente y hasta las voces y los ruidos menos estentóreos se pueden escuchar desde mucha distancia. En esos días su sensación de abandono pero también de bienestar, de libertad, se ahondan. Luego de comer al

mediodía a veces permanecían sentados en la galería que da al naciente. Cada cual buscaba su silla y permanecían allí quietos, sin hablar, mirando a lo lejos, hacia el río. A veces ella iba hacia adentro y ponía un disco en la vitrola, una vieja melodía de violines y la voz hermafrodita de alguien que cantaba en alemán. Hilde se dejaba estar al sol, en esa resolana que ya no agrede, tibia y clara como la luz de una estampa. ¿En qué pensaban? ¿Entonces pensaban en algo, o sólo eran fragmentos, visiones inconexas y arbitrarias? Sin hablar estaban juntos. Yo llevo puestas muchas máscaras, piensa ella. Luego de un rato la aparentemente inofensiva luz del sol comienza a calentar. Los pájaros lo sienten y también los perros, que cambian de sitio sin interrumpir su duermevela. Strasser cruza de otra manera su sombrero para protegerse del sol en la mejilla que ya va cicatrizando y ella comienza a quitarse la blusa, se la quita del todo y entonces siente un poco de frío y sólo piensa en eso. Janos, que ha permanecido apartado, detrás, se levanta y sale casi subrepticamente de la galería. Todos llevamos puestas muchas máscaras, piensa Hilde, algunos dos o más, o tal vez una sola durante toda la vida. Pero tarde o temprano todos nos damos cuenta de ello. Yo soy la mujer de Strasser, él es quien trabaja con Janos, Janos es un hombre solo con un niño. Todos de alguna manera estamos aquí construyendo un puente. Somos esas personas. Pero también somos otras personas, puesto que toda personalidad es una gran farsa y un montaje.

Strasser parece dormido. Los pechos de Hilde, pequeños y todavía firmes. Siente otra vez el calor de la resolana en su piel, aunque el perro —el más cercano y el más viejo— aún no ha cambiado de sitio. Janos ya no está.

Otra vez volvían a oírse los estruendos de la dinamita volando el terreno para la construcción del puente, que ya se insinuaba en parte, las columnas de sus soportes a medio elevar, como las tronchadas arboladuras de un barco arrojado por una tempestad sobre la playa. En lo esencial ninguno puede hacer nada aquí, están sujetos a lo que dispongan el cielo y la tierra, inútiles y solos como en un barco encallado.

Los hombres salen bien temprano en la mañana hacia la construcción y de noche se recogen a estudiar la marcha progresiva de los trabajos, observándola sobre los planos. Casi no hablan, sólo hacen señales y dicen monosílabos. Y después, en las noches claras cruzadas por las ascuas de las luciérnagas, bebiendo cada cual de su botella hasta que la luz del farol languidece. ¿Qué o quién los ha puesto aquí? Hilde sentía que su corazón de pronto quería embestir pero a poco como un fuego de llamas desdeñosas se aplacaba o se ahogaba.

La radio en la noche anuncia la invasión de Hungría. Ninguno de los tres dijo una sola palabra, pero Strasser se levantó con una botella en la mano, caminó tres o cuatro pasos hasta la balastrada y allí apoyó la botella y la mano libre y después de un rato regresó a su hamaca. Janos no habló ni se incorporó, Hilde tampoco dijo nada, estaba observando en el haz de luz los hilos tenues aún no cruzados de una telaraña incipiente en el ángulo del travesaño y quizá no pensó más que en el sentido, en el hecho objetivo de aquellos hilos —babas sólidas convertidas en hilos— cuando la radio dijo “Hungría”.

Durante el par de años que dura esta historia será así. Todos parecen llorar y reír al mismo tiempo.

Janos piensa en el viento helado que inclina los arbustos en la ladera desde donde se divisa El Escorial. Su brigada está allí, detenida; han luchado sin descanso durante más de un mes, sin dormir ni una sola vez bajo techo; los milicianos están cubiertos de costras, las manos encallecidas por los cerrojos de los fusiles, los labios secos, la ropa y el calzado destrozados; más de la mitad de los hombres de esa brigada han muerto. Están allí, como en un limbo frío y ventoso en defensa de ese monumento que, según dicen, es el símbolo de este país, ¿pero a quién le interesa? Los fascistas están rompiendo el frente cerca de Brunete y avanzan en dirección a Boadilla del Monte.

Esa noche Strasser llamó a Tilo para ordenarle que tuviera listos los caballos bien temprano en la mañana. Saldrían rumbo a la ciudad. Era la primera vez que lo haría. “Regresamos a la noche”, dijo, “te quedarás aquí”.

“Quiero ir”, dijo ella. “No voy a quedarme sola.”

“No estarás sola”, dijo Strasser.

Esa mañana salió antes del amanecer. Ella estaba despierta pero simuló no estarlo. Luego volvió a dormirse y la luz del sol daba sobre su cama cuando despertó.

A media tarde del día siguiente regresaron. Tilo montaba su caballo que iba al paso y sujetaba del ronzal al otro sobre cuya montura había sujetado a Strasser con una cuerda. Así llegaron hasta el patio cuando ella, que los había visto venir desde la curva del camino bordeado de lapachos, abandonó las sombras de la galería.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada.

—No se le ha pasado todavía —dijo Tilo desmontando.

—Por favor, bájelo de ahí. ¿Está enfermo?

—No —dijo Janos—. Está borracho, y esta vez en serio.

Después entre los dos hombres llevaron a Strasser en vilo y lo arrojaron sobre su cama. Estaba descalzo y tenía una herida detrás de la oreja izquierda cubierta de polvo sanguinolento, que ya no sangraba ni parecía profunda. Ella buscó un paño y mojándolo comenzó a limpiársela. Strasser, semiinconsciente, miraba a los tres sin decir palabra. Luego intentó volverse para vomitar al borde de la cama y no pudo. Janos lo sostenía de los hombros. Al cabo Strasser se quedó quieto y entró en un sueño profundo.

—¿Qué pasó? —volvió a preguntar ella.

—Yo no estaba. Quiso quedarse en el galpón y dicen que se peleó con el gordo, al que vendió las botas... También le faltan dos dientes. Cuando volví a buscarlo estaba tirado en el camino.

Tilo salió de la habitación y desde la galería silbó a los caballos.

—¿Qué es el galpón?

—El burdel —dijo Janos.

Comenzó a soplar el viento y las celosías de las ventanas sonaron levemente. Strasser murmuró en sueños. Al cabo de un rato Janos se incorporó y caminó hacia la puerta.

—No se vaya —dijo ella—. Por favor. Tengo miedo.

—¿Miedo?

—Nunca sé cuándo está dormido de verdad.

Janos no pudo ver su cara oculta entre sus manos, ni sus ojos, pero vio cómo sus hombros temblaban y se sentó junto a ella en el borde de la cama. Su mano torpemente intentó posarse en sus cabellos cuando Hilde se recostó en él. Lloraba en silencio.

—Ya está bien. Él ahora está dormido de verdad —dijo Janos.

Y ésa fue la primera vez que ella lo vio sonreír. Anocheceía.

Tres horas después llamó suavemente a la puerta de Janos. Nadie contestó. Temerosa y a tientas entró en el cuarto. La cama estaba vacía y sin abrir. Poco a poco sus ojos fueron acostumbrándose a las sombras; sentada en el borde de la cama pensó de pronto en eso. ¿Y si la oscuridad sólo estuviera en nuestros ojos porque ya no saben ver y así el día y la noche no fueran más que meros pensamientos? Entonces la invadió una clara sensación de bienestar, de libertad, en aquella habitación abandonada. Comenzó a llover, se recostó en la cama y el sonido del agua en el tejado le trajo el sueño. Al amanecer el frío la despertó.

Cuando volvió a su cuarto Strasser dormía, pero de pronto observó sobresaltada que él se había peinado y quitado la ropa.

Ahora es otra vez de día y está el consuelo de la luz, del sol, de las cosas que vemos y vuelven a existir, a ser familiares, luego de la pesadilla inconfesable de las noches, de estas noches aquí, en las que se oyen voces y sonidos intermitentes y murmullo de árboles o del río y de pájaros o

alimañas y olores a ciénago y madreSelva que trae el aire. Hilde piensa: ¿era esto lo que yo esperaba de la vida? ¿Pero, qué es lo que esperaba? Sólo de niña había tenido sueños e ilusiones que, no pocas veces, al recordarlos le parecían tontos refugios, atajos sin salida. Luego, en su juventud, los sueños huyeron desalojados por esa sucesión de hechos amontonados que todos los que la rodeaban y ella misma llamaban vida.

En la habitación de paredes rugosas y blanqueadas hay cinco o seis camas y en cada una un herido; tres de ellas rodeadas por biombos improvisados con frazadas; quizá sus ocupantes están a punto de morir o ya están muertos.

Lo último que él vio fue un montón de cadáveres de niños en la escuela bombardeada, entre los canteros del patio, como si estuvieran jugando a hacerse los dormidos o muertos. La muchedumbre exaltada, luego del bombardeo, cuando aún llameaban los escombros, sacó a todos los sospechados de fascistas de la cárcel y los fusiló. Él observa que en la cama vecina, junto a la suya, yace una mujer; su pelo es rubio, corto y ensortijado como el de un adolescente. ¿Cuántos días lleva allí? Los días y las noches sólo existen detrás de los altos ventanucos. En uno de los muros, a fuerza de observar a lo largo de los días, él descubre la mancha que un crucifijo dejó a pesar de una y otra capa de jabelgo. Ninguno de los dos puede hablar, pero se miran; las camas están suficientemente cerca como para que sus manos en un esfuerzo se toquen. Ella tiene un papel y escribe: "Pilar", y se lo pasa con el pedazo de lápiz. Él demora un largo instante y después escribe con gran dificultad su nombre en el papel, debajo del otro, y a su vez se lo alcanza. Vuelve a escribir ella: "¿Janos?", sus ojos claros sonríen cuando le extiende el papel que él ya no recibe. La mira durante un momento y asiente con la cabeza.

Afuera, del otro lado del río, truenan las baterías y pasan hombres dando voces debajo de las ventanas del hospicio que sirve de hospital.

Ahora él murmura un nombre, un nombre de mujer.

Aquí la tarde es también un brochazo anaranjado en un cielo ceniciento.

Aprovechando la mansedumbre del río en invierno, sus aguas han sido separadas en tres brazos excavando el lecho media legua arriba de las obras. Para ello fue necesario dinamitar una ladera de rocas y abrir dos cauces en el lecho. Los pilares de los tres tramos del puente comienzan a elevarse y muy pronto serán unidos por las vigas de hormigón en cuyos encofrados trabajan más de veinte peones. Las aguas vuelven a formar un solo cuerpo rumoroso y cristalino río abajo, sus riberas pobladas por el bosque que allí permanece oscuro y vigoroso como lo fue.

Desde el comienzo de los trabajos, cuando aún nadie estaba seguro de su trazado preciso y todo era aparente desorden de rocas o piedras removidas, vigas de troncos devastados, desparramados en los costados, varillones de hierro, montículos de grandes bidones y tuercas, carretillas y herramientas, nadie sabía cuál era el sentido de la obra, es decir para qué construían ese puente, puesto que no llevaba a ninguna parte, o tan sólo quizás a las parameras desoladas, infértiles y oscuras, de las cuales sólo habían oído hablar a algunos viajeros o vagabundos a quienes, por añadidura, se tenía por embusteros o locos.

Al poco tiempo que Joaquín desapareciera, Hilde creyó sentir que en su vida había ocurrido una catástrofe íntima y sorda. Nadie sabía su dirección, pero ella pensaba en él como antes jamás lo había hecho y le escribía largas cartas que no enviaba ni tampoco se preocupaba de ocultar. En realidad, no podía admitir que alguien desapareciera de su vida así, sin escándalo y para siempre. ¿Strasser leía esas cartas que, aunque sin destinatario real, ella dejaba abandonadas sobre el escritorio? Jamás tendría la certeza de que no lo hiciera pero, aun sin importarle demasiado, siempre lo temió. Aunque viéndolo mejor —piensa— aquellas cartas no existieron puesto que el destinatario también era inexistente e inexistente el límite entre ella misma y el otro. ¿Fue entonces el comienzo del fin?

Después de eso vino un período de actividad frenética, desde los exagerados quehaceres domésticos hasta el sorprendente entusiasmo por la militancia de Strasser, con lo cual quizá pretendía sepultar todo gesto afectivo, ponerse a flote junto a lo que no hubiera sido tocado por el naufragio.

Una tarde, sentados solos en la galería sofocante e intermitente, sonora por el ríspido canto de los grillos, después de un largo tiempo sin hablar, ella preguntó:

—¿Qué fue de todo? —Strasser tenía la cara brillante de sudor, sus cabellos finos y escasos pegados al cráneo por la humedad, la camisa fuera del pantalón—. ¿Qué ha sido del mundo y de nosotros?

Ella se sorprendió de que él contestara y nunca olvidará lo que entonces dijo:

—¿De nosotros?... El mundo y nosotros es lo que has querido que sea. —De pronto se puso de pie, caminó en dirección al borde y allí quedó en silencio. Luego dijo—: El mundo es siempre lo que una mujer ha hecho de él.

En aquel tiempo en que Joaquín desapareció de sus vidas y ella entró en el frenesí de buscar esas evasiones arduas y rutinarias, su abuela cuáquera, que evidentemente la observaba, un día le preguntó:

—¿Para qué haces todo esto?

—¿Qué es esto? —preguntó a su vez Hilde, quizá para precaverse.

—Todo; todo lo que haces ahora.

—No lo sé. Lo hago sin pensar —dijo ella.

Era invierno y nevaba.

—Eso creo —dijo la abuela—. Cuando alguien deja de pensar no tiene opiniones, pero cuando no se las tiene, tampoco se siente la necesidad de hacer algo. Y hacerlo a pesar de eso sólo nos lleva al aburrimiento o al desastre.

Ella miró a su abuela, una mujer regordeta y bajita con su pañuelo ceñido bajo la barbilla, y pensó que hasta entonces no había descubierto lo maravillosa que era.

—No sé —dijo—. No puedo quedarme quieta. Siento que necesito echarme a andar.

—¿Echarte a andar? Sólo con las máquinas sucede eso. Para tener la certeza de que están bien, hay que ponerlas a funcionar.

La abuela, aunque nada podía verse, miró la tarde y la nieve a través de la ventana.

—Todos estos pasos, estos desfiles. La juventud que corre...

—¿No era así antes?

—Sólo para los tontos —dijo la abuela, todavía junto a la ventana—. Nunca llegarán a nada... Hilde, ¿quieres algo, verdad? —tenía los ojos tan claros y envejecidos que no parecía posible que aún vieran.

Ella entonces se acurrucó aún más en el sofá donde estaba y se echó a llorar en silencio.

—Nunca has dejado de ser como eras; como cuando tu madre vivía. Cuando en esta casa había personas y ruidos y olores.

Ahora Hilde recuerda que en aquel momento cerró sus ojos mojados y que detrás de ellos buscó en vano, sin saber lo que buscaba. Alguien quizás a quien tocar y sentir, en una casa sin límites en donde cada quien fuera a la vez íntimo y desconocido y capaz de amar y ser amado.

Caminaba por el sendero abierto entre los lapachos en esa tarde tan demorada. Los hombres aún no habían regresado del río. Alguien acababa de colocar un farol en el extremo de la veranda para que atrajera a los bichos de luz fuera de la casa. Ella escuchó los sonidos del bandoneón de Tilo en la barraca y caminó impensadamente hacia allí. La barraca parecía desierta. Se acercó hasta la pequeña ventana que daba al huerto descuidado, al parral seco y al horno para el pan. También en el interior de la barraca había luz, una luz mortecina que apenas aclaraba el pálido atardecer de afuera. Ella se asomó a la ventana y lo vio, sentado junto a la mesa, con el bandoneón sobre sus rodillas y encorvado. Cantaba o murmuraba en voz baja una

canción no del todo aprendida, o que empezaba a nacer, cuyas primeras estrofas repetía una y otra vez acompañadas de sonos quejumbrosos. Tilo tenía un clavel en la oreja y un mechón de pelo negro y brillante sobre la frente. Observándolo ella sintió de pronto otra vez que era ella misma y era otra y que la otra era quien fue hasta la barraca y quien observaba subrepticamente y al advertirlo sintió también que eso le hacía bien. Siempre había soñado con ser ella misma y ser otra a la vez. Ser dos, una para hacer lo que ella íntimamente no se sentía capaz de hacer, una para sufrir y gozar por la otra, las dos: la de la cobardía y la del coraje para que esa especie de mentira interior funcionase sin remordimientos. Ser una y ser la otra para las íntimas coartadas del placer y del dolor y de la memoria y el olvido. Los acordes del bandoneón morían apenas al nacer, o se prolongaban lánguidamente y luego él anotaba en un papel sobre la mesa los versos que parecía componer. Ella vio la luz de sus ojos fijos en el farol que luego entrecerraba mientras cantaba en voz como para sí pero no parecía entender ninguna de las palabras que decía aunque sonaban familiares y armoniosas. Quiso llamarlo entonces pero, al tratar de erguirse sobre el pretil, una sombra superpuesta a la suya la hizo volver; era la vieja que, sin hablar, se acercó a la ventana y la cerró suave pero decididamente, como en un gesto de pudor o defensa. Hilde, sorprendida y humillada de ese modo, quiso echar a correr pero la vieja, que la había tomado de la mano, la llamó: "Venga", dijo. En un tronco muerto, sentadas a la par entre dos higueras, la vieja permaneció en silencio, sin mirarla y luego dijo:

—Una ya sabe cómo se ablandan las mujeres con la música.

Ella sintió de pronto como si toda la historia de su vida se amontonara en aquel momento, todos sus recuerdos y visiones y sueños, las cosas imaginadas y las reales, sus temores, desconsuelos, su soledad y su desamparo se agolpaban en algo confuso e insólito que era a la vez todas las cosas y todos los sentimientos como el contenido mezclado, palpitante e inservible de un baúl hace tiempo olvidado en la trastienda y sintió también que toda su vida había sido un impulso, una impaciencia vaga y casi irreprimible por ser lo que quizá no era.

Y dijo también la vieja:

—Las mujeres miramos a los hombres como se mira a las llamas de un fuego.

Aún tenía su mano en la de ella y al darse cuenta, asustada o avergonzada, se soltó.

—Quiero irme —dijo.

—Sí y no —dijo la vieja—. Como los zorros.

Ahora Hilde lloraba pero sin apremio ni dolor. Ambas seguían sentadas en ese tronco y ya era de noche.

—¿Qué es lo que me pasa? —dijo ella, quizá sin esperar respuesta.

La vieja dijo:

—La lengua de tu cabeza y la de tu corazón no van juntas. Pero no sos mujer suelta. Y un caballo de tiro no puede ser un zorro.

La vieja parecía divertida aunque sus gestos y sus suaves ademanes eran graves y lentos. Enseguida agregó:

—La mujer siempre es la dueña. Una se acerca al fuego para avivarlo, no para apagarlo.

—Quiero irme —dijo Hilde—. Es tarde y hace frío.

De pronto regresó aquella imagen de la nieve cayendo a través de la ventana. Su íntima soledad frente a otra mujer vieja, el vago dolor de ver, sentir, olvidar, recordar, en medio del murmullo confuso del mundo donde, en una tarde así, nada podría herirla, refugiada, como desmayada, durante un trozo de su vida abrigada y segura cuando afuera todo era gris, frío y tempestuoso, aunque ahora sonaban de vez en cuando los acordes entrecortados del bandoneón como resoplidos melódicos para silenciarse luego.

—No has de oír —dijo la otra.

Ya no la miraba ni le sostenía la mano y parecía más vieja y más pobre o indefensa y encogida. Hilde vio a la distancia encenderse el farol en la veranda de la casa, como una noche que nace, como la visión tranquilizadora de la orilla familiar donde todo sería viejo e inteligible, pero sintió a la vez la necesidad de saldar, de no dejar abierto y sin respuesta este momento. Ya era de noche, apenas si se veían. Y ella, que había rechazado siempre que la comprendiesen, que frente a la condescendencia de los demás se había sentido humillada, que había preservado para sí la voluptuosidad de saberse aislada y distinta, ahora en cambio, oscuramente, se sentía incompleta y huérfana y otra vez tomó entre sus manos la mano de la vieja, fría y dura como un gajo seco, y preguntó:

—Madre, ¿qué es lo que me pasa?

El bandoneón ya no sonaba. La noche era pálida y ominosa y la vieja dijo:

—Nada. Te sobra lo que te falta. Como a todas las mujeres.

Después ya no la vio.

Hilde caminó primero y luego echó a correr en dirección a la luz del farol en la casa.

Strasser quizá por primera vez se siente aturdido, comienza a creer que no domina las situaciones o que hay otras nuevas y no previstas y entonces pretende escapar de ellas imponiéndose por la provocación. Quiere jugar fuerte, al todo o nada, aunque en el fondo tal vez quiera perder y ésta es su debilidad y su impaciencia. No se siente en paz.

Han dispuesto sacar la mesa para comer a la sombra de las palmeras, frente a la galería que da al naciente. Sólo están los tres juntos a la mesa. La sopa ha sido, como habitualmente, el primer plato, el segundo demora. El gato flaco y oscuro merodea por el sitio y husmeando con actitud indiferente va y vuelve a la mesa. Strasser está sentado a la cabecera de esa mesa demasiado amplia para los tres, Hilde y Janos a cada lado, junto a él. El gato se acerca y Janos tira al suelo una miga de pan mojada en la sopa. Cuando el gato va a comerla Strasser asienta la planta de su bota sobre la miga, el gato apenas maúlla y se retira. Esos gestos se repiten por dos y tres veces. Hilde observa con intensa curiosidad a los dos hombres que entre sí no se miraban aunque estaban alertas el uno del otro. Strasser encogía los labios como en una sonrisa tonta o alelada. Janos volvió a arrojar otra miga pero el gato ya no acudió; entonces levantándolo del suelo lo puso sobre la mesa y le dio de beber la sopa hundiéndole el hocico en su propio plato. Strasser lanzó una carcajada y no cesó de reír ni siquiera cuando ella, por detrás de Janos, ya había abandonado la mesa.

Hoy uno de los albañiles que trabajaba en el encofrado más alto de la construcción del puente se ha caído entre las piedras de la ribera y allí quedó inmóvil, de espaldas, con los ojos abiertos y la mirada aterrada, sin emitir un grito de dolor, sin articular palabra. Transportado a la barraca en una parihuela improvisada murió al atardecer. Apenas muerto, cuando aún nadie sabía que acababa de morir, la vieja Eduviges se acercó a él y le abrió un tajo pequeño en un costado del cuello, antes de que fuera tarde y ya no pudiera sangrar. Un escaso hilo rojo le mojó la camisa. Pero eso bastaba. Ella sabía que los muertos más amados son los que mueren de hemorragia; aquellos —quiso decir— a quienes se les va la vida como un río, sin violencias ni alteraciones y empiezan a morir como durmiendo o soñando.

Sólo sabían su apodo, no su nombre, y lo velaron durante toda la noche, yaciente sobre una mesa hasta que sus compañeros terminaron de hacer el ataúd con trozos de la misma madera que usaban para encofrar.

En el cementerio la luz del sol inundaba sin calor esa tarde de invierno. El cortejo pasa por el sendero llevando a pulso el cadáver. La noche del velorio había sido clara y fría, con botellas de ginebra que estos hombres, para quienes la muerte es tan sólo un hecho de la vida, se pasaban de mano en mano. Los demás lavaron el cadáver con las aguas del río y luego colmaron de flores el cajón. No había tantas y entonces fueron suplantadas con flores de papel hechas por las mujeres. Las flores y la muerte, mezcladas siempre, y el papel, efímero combustible, como la

vida. El cortejo fue seguido por todos —doblaban las campanas en la estación ferroviaria— hasta el borde de la fosa. Y cuando intentaron descender el féretro sujetándolo con cuerdas, éstas se cortaron y el cajón cayó violentamente contra el fondo, desarmándose. Nadie pudo evitar la risa. Algunos hombres corrieron en busca de clavos y herramientas para reparar el féretro e izaron nuevamente el cadáver. Volvieron a encerrarlo entre las flores desparramadas, y entonces sí, el cuerpo descendió lentamente en la fosa. Algunos se persignaron. La tumba fue rellena y cubierta de piedras. La muerte como espectáculo desapareció.

Nunca como antes ella ha vuelto a estar quieta largas horas en la bañera, cubierta con el agua jabonosa que se enfriaba; de rodillas o de pie observándose en el espejo, observando su cuerpo en el espejo, su cuerpo cuyas formas actuales no durarán así mucho más que unos pocos veranos. De tanto observarse lograba salir de sí, verse otra. Pero todo esto había sucedido hacía mucho tiempo; aquí sólo tenía por espejo aquellos recuerdos. Sin embargo la memoria de su cuerpo era actual, como una tentación, como una súbita y fugaz alegría.

Aquel día estaba sola en la casa, un día nublado o simplemente sin sol y sin embargo con brochazos dorados en el cielo, sobre el borde de las nubes difusas. No había nadie más que el perro —Monk— y ella misma. Y el hombre aquel, compañero de su tío, de más de treinta o cuarenta años quizá, que estaba refugiado en los fondos, no sabía, ni ahora recuerda, por qué, con uno de sus pies escayolados. “A mediodía debes llamarlo y servirle la comida en la mesa. No hay más que hacer eso”, le había recomendado su abuela. Pero ella, ni bien quedó sola, quizá cuando su abuela aún esperaba el autobús que la llevaría a la ciudad con el sombrero de paja y pequeñas frutas puesto, se fue a la playa a buscar raíces o ramas de árboles arrojadas por el sabio y ciego oleaje del lago, que tuvieran formas de cabezas o de miembros, de gestos de seres vivientes, de pájaros o de monstruos. En aquel verano era ésa su tarea cotidiana. Desde muy temprano corría hacia la playa, o hacia aquel sector llamado playa situado entre el bosque y las aguas, para descubrir lo que la marea cada mañana traía. Era una manera de conjeturar su destino o su propia suerte, aquella que las formas de las raíces o ramas arrojadas le sugiriesen. Incluso los días en que no encontraba nada eran también como una señal. Nada. Los días vacíos, reiterados o malogrados. Ella ya era ella misma, una mujer palpitante y oculta en su cuerpo de niña que jugaba a buscar lo que las aguas arrojaran en la ribera. Y estaba sola. Estaba aún más sola, también, aquella mañana en que su abuela partió al pueblo con su sombrero de paja, su capa de sarga azul y el canastillo con dos potes de miel de abeja para los gerontes agónicos del hospital, deber sugerido por el señor Münster, el pastor, y asumido seguramente como una autocaridad no confesada. Estaba sola en esa mañana sin sol pero pálidamente rosada y amarilla, como una inmensa campana vacía y silenciosa, tan sólo interrumpida por los ladridos de Monk o por los esporádicos cantos o silbos o sonidos del oculto pájaro burlón (mokinbird) que cantaba con trinos suaves, maliciosos y atrevidos. Mientras andaba, trotando a veces o corriendo a lo largo del espacio entre el bosque y el agua, sentía un dolor suave y delicado en el pecho por el hálito o el aire seco y frío que venía del lago o de la montaña. Su abuela, tarde en las mañanas, cuando ella regresaba a la casa que olía a dulce humazón de la vieja cocina, le preguntaba algo con los ojos, se lo preguntaba mirando lo que ella traía en sus manos y mirándola a los ojos porque simplemente quería saber, o porque quería saberlo nuevamente, quería saberlo otra vez. Los ojos azules de su abuela a través de las gafas de cristales redondos. Y ella diciendo: “Lo sé, no trato de entender; pero yo lo sé, aunque no pueda saberlo por los demás”.

“Estás creciendo”, decía ella. “¿Conoces la historia de Epaminondas?”

“¿Epaminondas?”

“Era un niño pequeño que trataba de hacer bien las cosas pero que se equivocaba.”

Aquella mañana regresó antes a la casa para poner la comida sobre la mesa y llamar al hombre que debía comerla. Él ya estaba junto al fuego cuando ella entró.

Ahora estoy —recuerda—, también, de pie, mirando hacia el amplio balcón, a través de la ventana en la que se ven reflejados el jardín y el bosque, un jardín y un bosque son ahora del solo estar y del tiempo. Ya estoy, como entonces, adentro y afuera. No estoy parada allí, en la cocina junto a la mesa puesta y el fuego ni estoy ahora aquí, ni estuve allí, sólo allí, sino allá y afuera, en aquel paisaje rosado y amarillento.

Él me ve y me pregunta por qué estoy muda y tengo miedo. Recojo un hierro de atizar el fuego. Sus movimientos son torpes y viriles a causa, quizá, de su pie enyesado.

Él se acerca y me toca. Me toca la mejilla y la cabeza y me toca entre el brazo y el pecho. Me toca el pecho.

“No tengas miedo”, dice. Le digo con los ojos que no tengo miedo.

“¿No sientes nada?”, dice. Yo observo sus cabellos negros, a sortijas, su frente húmeda y caliente y digo que no. Él se acerca como puede y pone su mano entre mis muslos y la deja estar allí, húmeda y tibia. Pero yo no la siento. La recuerdo después —ahora— pero no la siento entonces y sólo sé, en ese momento, que es el hombre a quien debo poner su comida caliente en la mesa, a quien estaba obligada a servir. Y, recuerda, sólo alcanzo a decir, entonces: “Yo no soy mi abuela ni mi tío”.

Él retira sus manos de mi cuerpo, se mueve torpemente. Y yo estoy agitada o inquieta, después, sola en mi habitación de arriba y en mi cama diciéndome que éste no era un mundo para mí, porque yo quedaba afuera y sólo recibía sus chispas calientes, dolorosas pero ajenas. Y era irremediamente ajena a la miseria de los otros, testigo de un mundo extraño. Y para peor, aquel hombre, quizá sólo un hombre joven, de quien únicamente recuerdo los rizos de su húmedo cabello oscuro, su rojinegra camisa a cuadros, que dice:

“Tengo vergüenza”. Yo no dejo de mirarlo. “Te he puesto las manos esperando que yo mismo me encendiera.” Yo me he retirado un paso, pero no más. Y él dice: “Perdóname”. Lo miro. Estoy junto a la mesa, no lejos del fuego y digo: “¿Por qué?”.

“Porque no lo sabes”, dice. “Porque no lo has aprendido.”

“¿Aprendido?”, pregunto.

“Aprender es descubrir”, dice él, que ya se ha alejado un par de pasos o más. “Tengo vergüenza de los demás.”

“¿De los demás?”

“Sí”, dice. “De ese fierro que tienes en la mano, de mí mismo, de la casa, de ti. De todos los otros que no somos los otros mismos.”

En realidad no sé qué es lo que dije. Yo ya estaba refugiada arriba, en mi habitación, sola y perpleja, como un dolor intransmisible, sin pájaros, sin cantos, sin árboles ni abuela, sin darme cuenta de la pena, de la enajenación producida donde el borde de mi cama y mis miedos se juntaban, sin darme cuenta del dolor de los demás, del otro y de mí misma.

La cabeza de Epaminondas.

Ahora que Janos observa cómo el puente comienza a crecer desde sus monstruosas zapatas, que se eleva como un cono de sombra, como un gesto, recuerda el otro puente donde el fuego de artillería y los tanques se concentraron. Aquí es un constructor del puente como allá fue uno de sus destructores, uno más, vivo, de entre todos aquellos que cayeron cuando la tierra tembló por las explosiones de las bombas de cien kilos, cuando también los milicianos dinamitaron el puente. No puede olvidarlo ni puede evitar ahora aquella imagen. La dinamita y el puente. La gente se batía cuerpo a cuerpo cuando los fascistas lograron cruzar el Manzanares. Con la bayoneta y a culatazos. Recuerda de qué manera un francés enjuto y bajito se trenzó con un moro robusto, casi obeso y joven, y comenzaron a danzar en lucha y el francés le arrebató una de las granadas que el moro llevaba colgadas de la cintura como una trenza de ajos y volaron juntos. Sobre Madrid el frente estaba abierto en más de cincuenta kilómetros. Pero la guerra más bien comenzaba, aunque no para él. Hacia el atardecer, casi de noche, el Palace

estaba intacto, en cambio el Savoy, vecino, uno de los mejores hoteles de Madrid, ardía como un espiral. Desde ese lugar trató de orientarse hacia la calle Echegaray. Era un portal de madera con un chiringuito y la escalera con barandal de hierro a un costado; pero ni siquiera reconocía las calles. Al caminar un centenar de pasos ya era de noche, pero de noche clara y sólo uno que otro estruendo hacia el norte y el Hospital San Carlos. De pronto sintió frío y al mismo tiempo una voz. La voz llegó desde el zaguán donde se detuvo para preguntarse por primera vez en dónde estaba y enseguida lo vio. Se llamaba Klein, Karl Klein, era casi un niño en el cuerpo de un hombre corpulento, un niño con la señal y el terror de la muerte en su voz. “Mis piernas”, gemía. “No las tengo. No tengo ya mis piernas.” Sí, las tenía, sólo que estaban deshechas dentro de sus pantalones que eran como odres semirrígidos por la sangre que se coagulaba. Se detuvo allí, junto a ese niño grande que se moría en el portal desierto y a poco fue noche oscura. Apenas si entre ambos se entendían. Dijo que en Alemania había sido obrero de las factorías de Siemens y Bortsieg, cuando los días duros y felices se derrumbaron y su padre fue arrestado a culatazos. “Él era un hombre claro y convencido”, dijo, “pero yo no. ¿Me entiende?... tengo aquí mi nombre”, dijo y señaló algún lugar de entre sus ropas. Era donde estaba un cuaderno con tapas de hule negras que después, enseguida, fue lo único que tuvo de él. Un par de *heinkels* apareció de pronto y echó su carga de estruendo y fuego cerca de la Gran Vía. Él había encendido un cigarrillo y se lo puso en los labios. El estruendo lo había sacado del sopor. “No quiero morir”, dijo. “Mi padre quiso morir; pero yo no quiero morir... Él decía: a un hombre nunca le parece mal que haya de morir... Sosténgame”, le pidió. “Me duele este costado.” Él se acercó aún más. El portal y el zaguán parecían vacíos. “Yo nunca quise ser un hombre”, dijo el que se moría. “Mi padre sí era un hombre, y quería morir, a cada rato.” Él no sabía qué hacer con aquel muchacho en sus brazos, que al cabo dijo: “Yo nunca quise ser un hombre porque tengo miedo a morir”, dijo. “No quiero morir”, dijo.

Aquella ciudad ardía, ardían los edificios públicos, los hoteles, los institutos, las viviendas. Ardía el palacio del Duque de Alba.

Esta noche hay una luz encendida en la casa; la veranda está a oscuras, pero hay luz en la sala, entre la galería y el dormitorio oscuros.

Cualquiera que mirase desde el patio podría ver a Hilde. Se ha recogido los cabellos sobre la nuca y se ha puesto un vestido blanco y largo. Se ha quitado las gafas y la mirada de sus ojos parece más clara, dilatada y celeste. Camina lentamente de un extremo al otro de la sala. De pronto se lleva las manos abiertas a la nuca y luego lentamente hacia sus caderas. La puerta está abierta, pero no la contrapuerta de tela de mosquitero; la abre también y sale al patio, a la penumbra del espacio vacío entre los árboles. Su rostro parece apacible.

Ahora está aquí. “Aquí” y “ahora”, ¿dónde?, ¿cómo podría no regresar?, ¿cómo podría irse? Sentía que antes había sido otra. Pero ahora no sabía cómo ser. Había oído decir vagamente que la distancia altera al tiempo. De pronto sintió esta verdad en el temblor y el inefable bienestar de su propio cuerpo, en esta noche cálida, en el olor del bosque; en el bosque que olía confusamente a alcanfor y a magnolia, a flores semicerradas por las sombras. Hasta que la garganta de un pájaro se dejó oír como un grosero contrapunto. Y fue entonces que volvió a escuchar la voz de su abuela, que dijo: “Las mujeres huyen o se apartan sólo del desamor”.

La verdad episcopal que le habían impuesto sostenía que debían abandonarse las ideas engendradas por el deseo. Pero ella ahora comprendía, o comenzaba a comprender, que sólo a través del deseo, del cumplimiento del deseo, comprenderíamos la verdad.

Le había mentado a Wilhem, piensa, o simplemente no había dicho la verdad. Como en realidad a nadie parecía importarle, ni siquiera me creí en la obligación de inventar una mentira. La verdad era mucho más simple: me iba de casa un par de días, quizá más, porque tenía ganas de estar sola, de perderme en un lugar ignorado.

Descendí del autobús en la plaza, a esa hora llena de niños y de viejos, de pesadas y estúpidas palomas que se arriesgaban a ser atrapadas por los niños o simplemente aplastadas por los paseantes con tal de comer alguna migaja. Creo recordar que el nombre de este lugar era Brandscheid, un lugar alto, cercano a la frontera, no lejos de Kronenburg. Ahora ya ni siquiera lo recuerdo bien, nunca he vuelto a estar allí. Con el maletín en la mano atravesé la plaza en diagonal, abriéndome paso entre el grupo de palomas y de niños que corrían persiguiéndose y persiguiendo a las voraces palomas. Me sentía libre y feliz en aquel lugar donde jamás había estado ni siquiera de paso, cómoda con mi falda liviana estampada con grandes motivos floreados, encantada de no conocer a nadie y de que nadie me conociera, encantada de mis cabellos más oscuros en un territorio de mujeres muy rubias.

A poco de andar llegué a una taberna que era a la vez un pequeño hotel, en los altos. Me dieron una habitación en el tercer piso. Cuando el chico se fue luego de entregarme la llave con un gran llavero que imitaba en madera la palma de una mano, fui hasta la ventana, descorrí las pesadas cortinas; desde allí tenía una vista sin obstáculos, de amplios valles ondulados como el mar, en los que crecía un pasto amarillo y alto que nadie cortaba, de estribaciones boscosas hacia el oeste, de senderos para carros, de pantanos y páramos manchados de trecho en trecho por arbustos de enebro. Me senté en la cama y luego me tendí a lo largo; enseguida pensé que debía quitarme los zapatos; el cubrecama era de gruesa cretona estampada; me puse de pie, pero inmediatamente me tiré otra vez, de espaldas, como quien se echa a una piscina, sin quitar el cubrecama ni sacarme los zapatos. Y me sentí bien. De pronto recordé lo que Wilhem repetía: “Debemos impedir que ocurran cosas que *no debieran*”. ¿Durante cuántos años, décadas o siglos estuve pensando en eso? Pero tampoco tenía deseos de cambiar nada, ni de contradecir, sólo quería estar así, echada en la cama como en una nube, sin pensar ni comparar, sin opinión, como la lluvia o los pájaros. Porque pensar es ensayar y ensayar es desgastante, es un doble esfuerzo. “Es lo contrario del goce instantáneo”, dije casi en voz alta. De pronto sentí una ligera opresión, como un contacto extraño que me oprimiera. Me abrí la blusa y desprendí el corpiño y miré mis pechos; “mis pechos”, pensé, ¿me pertenecen?, ¿y mis rodillas, mis ojos? ¿Si lloviera afuera y yo sintiera la lluvia, diría *milluvia*? Estamos atrapados por el lenguaje. Después me quedé dormida, semidesnuda y suelta hasta que me recordó el frío del anochecer y bajé al comedor. Sólo había una mesa libre; el ambiente estaba lleno de voces, de risas, de ruidos de vajillas y de un violín ya anacrónico, también de humo de cigarros que rodeaba las luces de las lámparas como un visillo azulado y tenue.

Sin preguntarme o decirme nada, un camarero extraordinariamente alto, con bigotes rubios de morsa y un mandil que le llegaba casi hasta los zapatos, me puso por delante el primer plato del menú. Habría colocado ya el segundo, después de haberse llevado el primero que ni siquiera probé, cuando me di cuenta de que alguien, luego de pedir permiso, seguramente, se había sentado a mi mesa. Lo miré. Era un hombre maduro, con el cabello canoso, casi blanco, cuidadosamente peinado, más bien flaco, pero de flacura enfermiza o provocada. Observé sus grandes manos, duras, nudosas pero sensitivas y tostadas por el sol, como su cara, y después sus ojos grises y pálidos como los de un zorro viejo. Trataba de comer un trozo de pato con exasperante manipulación de tenedor y cuchillo. “¿Sola?”, me preguntó. No creí necesario contestar. De pronto sospeché que era ésa la manera que tienen los hombres de abordar a una *cualquiera*; en el cristal de la ventana vi de pronto mis cabellos sueltos, la blusa entreabierta y sonreí sin gestos. Fue cuando dije:

“¿Por qué no prueba usted con los dedos?”

Él, que parecía —se me ocurrió— un militar retirado o un notario, dijo, ya seguramente sin ganas de seguir comiendo:

“No me gusta ensuciarme.”

Luego de un rato, cuando el violín remontaba un trozo de aria, le escuché decir: “Dame un beso”. Lo miré de pronto con todo el tamaño de mis ojos y dije:

“¿Con la boca llena o sin comida?”.

“Así, con la boca llena”, dijo él. Me acerqué, al tratar de incorporarme moví la mesa y tumbé una copa. Lo besé con mis labios mojados en salsa cerca de sus labios. A partir de ese momento noté su turbación. Transcurrió un rato en silencio, casi todo el tiempo del violín.

“Vivo aquí”, dijo al cabo. “Arriba.” Yo seguí comiendo y lo miraba, de pronto me sentí contenta.

“Sí”, dijo. “En forma permanente.”

“Todos lo hacemos”, dije, con la boca llena.

“¿Perdón?”, dijo él.

“Eso”, dije yo. “Todos creemos vivir en forma permanente.” Él agregó como para sí.

“Tengo una cama de soldado, una mesa, una silla.”

“Y una fotografía”, dije.

“¿Cómo?”

“Una fotografía con marco”, dije yo. Después agregué: “¿Quiere usted que subamos?”.

Él tenía los ojos grises como un paisaje helado. Me miró y puso su mano cálida y delicada sobre la mía y se quedó en silencio. Al cabo dijo:

“Me gustas mucho. ¿Hasta cuándo estarás?”.

Fue lo último que le escuché decir antes de que desapareciera.

Había olvidado la ventana abierta y la luz encendida en mi habitación. Las cortinas semiplegadas y sueltas apenas si se movían por la brisa que llegaba a través de la plaza desierta. Apagué la luz, pero la claridad de la calle convertía mi cuarto en una especie de escenario. Entonces recordé lo que la abuela solía decir: “No hay nada más real que la ilusión del teatro. Por eso lloramos y nos sentimos tan solos en la butaca”.

Volví a encender la luz.

Con Wilhem muchas veces había intentado jugar a que nos contáramos las fantasías de cada uno. “De acuerdo”, decía él. Y yo le contaba, por ejemplo, que cuando era niña y me llevaban de vacaciones a las riberas del lago, no lejos, en una cabaña de las lindes del bosque, vivía un muchacho muy flaco y pelirrojo que a mí me gustaba en secreto. En mis fantasías, yo me paseaba frente a su cabaña con un vestido largo y transparente y tenía los pechos grandes y creía que él me miraba oculto detrás de la empalizada.

Reíamos y yo le pedía que me contara las suyas, pero él hacía trampas y me decía que no tenía ninguna, que era una persona normal.

Volví a apagar la luz. En la plaza ya no había palomas. Me sentía cálida y fría a la vez y pensé en Wilhem: lo amaba y no lo amaba. Nadie puede ser otro: “Puedo ver tu herida, no puedo sentir tu dolor”.

Echada en la cama, vestida como estaba, con las palmas de las manos sobre los ojos, me dormí.

En este mes de agosto, la noche oscura olía vagamente a cieno y alcanfor; algunas luciérnagas dejaban intermitentes, breves trazos brillantes entre la maleza húmeda; la fogata que seguramente habían encendido los peones cerca del río se veía desde aquí como una mancha lejana y amarilla. Todos los pájaros del bosque estaban recogidos y en silencio. Ahora sólo se oían chillidos de comadreas o de ratas, silbos de lechuza o el aullido largo y patético de algún perro vagabundo. No hacía calor ya pero a ratos corría una ráfaga de viento agrio y tibio, que movía los bejucos y las ramas más elevadas. De pronto el viento desde la lejanía trajo el gruñido estúpido y cruel de una manada de chanchos del monte y ella se estremeció.

Sentados en la galería, Strasser y Janos no hablaban; Strasser bebía un vino denso y morado directamente de la botella que tenía sobre el piso a su lado.

La base del puente había unido ya ambas orillas del río, en ese tiempo con un caudal muy menguado y cristalino. Unos meses más de trabajo y quedaría terminado, si las lluvias lo permitían.

Las ráfagas del viento se habían calmado y apareció la luna, blanca y rotunda, como un ojo pálido y sin luz. Aún se alcanzaba a ver la fogata y llegaban los sonos de una música de flauta. Janos había encendido un cigarro y de vez en cuando echaba una bocanada de humo denso y blanquecino sobre los mosquitos, para ahuyentarlos. Ella, atraída por una música de sonos parecidos, hacia el mediodía había ido hasta el patio de la barraca y allí, junto a las higueras, vio a la vieja Eduviges y a otros, ocupados en una ceremonia, alrededor de un pequeño agujero clavado en la tierra. Tilo observaba a cierta distancia. La vieja y los otros estaban de rodillas junto al hoyo.

—¿Por qué echas el pan y la coca, el vino y la sangre en la tierra? —había preguntado.

—Porque a todos nos gusta comer —dijo uno—. Y cuando comemos estamos alegres y tranquilos y cuando comemos mucho descansamos y nos quedamos dormidos y en paz, sin pelear ni matar, ni andar jodidos.

Ahora que volvía a escuchar aquellos sonos, Hilde, de pronto animada, dijo:

—¿No podríamos, algún día, ir a ver los bailes de esta gente, a oírlos cantar y esas cosas?

—¿De los indios, quiere decir usted? —ella lo miró, intuitivamente prevenida, aunque no quiso decir exactamente eso—. No —dijo Janos—. Esta gente, como usted dice, sólo canta y baila para sí misma, no para que las miren.

Ella insistió.

—Ni la música ni las fiestas son mi especialidad —dijo Strasser.

Hilde lo miró: “Vamos, por favor”, decían sus ojos.

—Podrían ir ustedes —dijo Strasser y, al ponerse de pie para abandonar la galería, parecía inseguro. Al irse olvidó la botella junto a la silla.

—Por favor —dijo ella. Pero sólo vio la puerta mosquitera balanceándose por dos veces en sus goznes cuando él ya la había atravesado hacia las sombras del interior.

Ella observaba ahora, otra vez, la luminosa estela intermitente de las luciérnagas sobre los matorrales.

—¡Por Dios! —dijo—. Sólo los mosquitos, el calor...

Janos seguía en su lugar, con el cigarro ahora apagado entre sus dedos.

—¿Me escucha, Janos?

—Sí.

—Usted nunca dice nada.

Él la mira por primera vez; la mira y dice que sí.

—Sí, ¿qué? —pregunta ella.

—Sí... no lo sé. Todo... No me importan los mosquitos, ni me importa el calor.

—¿A usted no le importa nada?

—Yo no dependo de los mosquitos ni del calor.

—¿Depender?

—Sí. La causa de todo lo que nos pasa es que nos creemos dependientes de algo, de muchas cosas...

Ella se dispuso a escucharlo, dio un paso hacia él; después, tomándose del balaustre se sentó en el suelo. Pero él no dijo más nada. Ni la miró, parecía observar ahora hacia la luna clara por encima de los matorrales que cercaban el jardín. Ella volvió a hablar:

—¿A usted nada le importa? Quiero decir: es muy difícil hablar con usted. Es muy difícil hablar con alguien que dice algo casi como un eco, que da la espalda y calla.

Ahora Janos se pone de pie, lentamente; luego vuelve a sentarse en el mismo lugar donde estaba, pero observándola.

—¿Es que no quiere hablar conmigo? —dice ella.

Él la mira a los ojos que ahora, sin gafas, parecen asustados e indefensos.

—¿De qué? —dice—. ¿Hablar de qué?

—No lo sé... De lo que fuese, de nada, de lo que usted piensa... No importa de qué... ¿Es necesario tener un motivo para hablar?

—Sí —dice él—. Para hablar, no lo sé. Pero, para no hablar, sí, señora... —dice él.

—Me llamo Hilde, ¿recuerda?

—Sí —dice él.

—Janos, ¿a usted todo le da igual?

Él ahora parece buscar algo en sus bolsillos, tal vez quiere encender otra vez el trozo de cigarro que le queda, cuando ella vuelve a decir:

—Si nada vale la pena, si todo es igual, usted es muy viejo... Sólo un viejo puede decir esas cosas.

Él permanece en silencio.

—¿Sabe usted lo que le pasa, Janos?

—No.

—Usted es lo que no parece.

Algo se movió entre los matorrales, tal vez una ráfaga de viento. La luna seguía su derrotero hacia el amanecer.

—Él ya se ha ido a dormir —dijo Janos—. Quizá debería usted acompañarlo.

Ella, que en ningún momento había dejado de mirarlo, finalmente dijo, mientras se ponía de pie:

—Sí. Déjelo en paz. Al menos él se emborracha.

Hilde recuerda:

El piano marca Kirchheim-Teck, de color marrón, en la sala oscura de los altos de aquella casa en la esquina de Albrechstrasse, no lejos del barrio obrero donde por un tiempo vivieron mi abuela y tía Edith, que tomaba clases del maestro Franz Gehring en ese piano. Por aquel entonces ensayaba *Las flores del manzano*, una melodía que nunca olvidaré.

Mi tía Edith era tímida pero opulenta y yo había escuchado decir que iba para solterona, aunque en realidad no tendría más que mis años ahora. Yo, por entonces, tendría diez años y mi tía ya había rechazado las propuestas de casamiento de, por lo menos, dos pretendientes: un maestro pastelero con negocio propio establecido cerca de la Odeon Platz y un empleado de banco; ambas por demasiado maduros. Mi tía Edith era bella a su manera, aunque un poco gorda para hoy y callada. Pero por entonces se debía ser seria, se debía ser formal, se debía no hablar sino poco y únicamente cuando a una la interrogaran; se debía ser como era debido. Ésta era la forma de vivir. El maestro Franz la pretendía hasta el punto de ponerse enfermo y desaparecer por semanas. Yo, cuando iba, era testigo, a escondidas, de trozos de escenas y de diálogos entrecortados. Mi abuela decía a mi tía Edith: “No debes esperar que la manzana se pele sola”. Ahora vuelvo a recordar sus palabras. Tía Edith callaba. “La cuerda muy estirada se rompe. Las mujeres necesitamos estar casadas, sobre todo en los papeles...”

En medio de sus conversaciones a menudo me sorprendían presente y entonces me mandaban a comer tarta o dulces en la cocina. “Acaso es mi cumpleaños”, decía yo.

Una tarde gris, temprano pero ya oscuro, cuando mi abuela aún no había regresado de su iglesia y entré confiada como siempre al salón, sorprendí a tía Edith en brazos del maestro Franz, quien tenía los pantalones caídos. Ellos no me vieron, no se dieron cuenta de que estaba allí. Vi toda la actuación, escondida, con miedo y, por momentos, con ganas de reírme. Después, en cuanto pude, salí a correr bajo la tenue llovizna de la calle. Nunca he olvidado a mi pobre tía Edith, ahora viuda, obesa y pensionada, jadeante y doblegada por el maestro Franz. Tampoco los compases de aquella melodía, que jamás he vuelto a escuchar.

Las noticias que nos llegan se hacen cada día más escasas y el tono de las cartas más ajeno. Nadie puede comprender, ni siquiera mi pobre tía Edith, nuestra determinación de haber viajado y permanecer en este lugar, que ellos encuentran remoto y legendario, sin decírnoslo. Nadie comprende la razón ni el motivo de haber venido a construir un puente. ¿Un puente para qué, y dónde?, me preguntan. Y si esta gente habla mi misma lengua, o cómo son. Me preguntan que si no era mejor aceptar la ruina y la derrota, allá, y no venir con tanta pena, quizás, a buscarla o encontrarla aquí; si no era mejor construir allá lo que creemos construir aquí, en este remoto lugar sin orillas. Un puente que nada une, en un lugar que ni siquiera podemos afirmar que sea la última frontera.

Al releer eso que dice me divierte y sobrecoge a la vez. Y deja sin respuesta, o sin respuesta inteligible. ¿Cómo explicar que un puente es igual que un sueño?

A raíz de estas cartas, cada vez más esporádicas, que leo ya como si fueran las páginas, los párrafos de un libro ajeno, me asaltan la idea y el temor de que en realidad ya no existo, que a los treinta años ya no existo, o que ya para siempre tendré treinta años y nadie lo sabrá porque esta tierra se extiende sin ningún límite y que ya todo es demasiado tarde. De que este afán, el de Strasser, aunque también el mío, es un inútil dispendio, de que esta obra que trata de unir dos orillas es una construcción para nada o para nadie, que este esfuerzo y que esta lucha contra la soledad, el calor, las serpientes como tentaciones, son en realidad como una metáfora de la pérdida de los mejores años de mi vida. ¿Cómo explicarles que mis días transcurren sin que yo misma, ni nadie, sepa si en sábados o lunes y de cuál año? Y entre montañas aparentemente deshabitadas viva sujeta a los humores o a las maneras de ser de un hombre que no me ama o que ama en mí lo que ya no es, o lo que nunca fue, y un hombre extraño y otro, alguien a quien no se puede comprender sino sentir, un hombre, sin embargo, como la lluvia o como la música, y otros, los demás, que son en realidad vagas sombras, igual que este país.

¿Es éste el puente, la construcción de este puente, una causa perdida, un mero desafío a la virilidad de unos hombres que ya no tienen nada que perder sino esa misma nada, mientras los demás, yo misma, lo contemplamos?

Mi indecisión o mi cobardía encienden mis recuerdos: las calles, el clima, una tonadilla, ciertos rostros y gestos remotos, las modas. Y sé que todo eso no es más que cenizas pero que irradian una luz insólita que nunca había visto, ni siquiera en sueños, como estas montañas verdes y abruptas, equívocamente señaladas en los mapas de cronistas y exploradores afiebrados o locos, bajo este cielo azul oscuro o gris como presagios inexpresados, o luminoso en los amaneceres, como una barrera o como un vacío, que convierte en irrisorio todo mensaje y que me obliga a haber nacido otra vez; a olvidarlo todo, a ser de nuevo.

Cuando ocurrió el accidente que le costó la vida al desgraciado que luego sepultaron con flores y carcajadas, les invadió el terror a todos los que vivían en las sombras. De pronto nadie estuvo seguro de nada. Los ayudantes de excavación se persignaban con disimulo antes de penetrar desnudos en el agua de las orillas, los portadores de piedras antes de elegirlas, cuidadosamente, y depositarlas con temerosa cautela en las angarillas, los carpinteros y los zarandeadores y nadie quería hablar de aquel incidente ni de lo que hacía y todo lo que hacían no era desde entonces más que el cometido individual y mecánico de cada uno, una tarea sin sentido y gratuita, una labor impuesta por la voluntad y la fuerza de aquellos otros a quienes no comprendían y que habían llegado aquí como aparecidos de pronto, como caídos del cielo. Dormían aquellos hombres, nunca se supo cuántos ni exactamente quiénes, aunque no fueran muchos, sobresaltados por sueños incongruentes, y despertaban al alba, al sonar del badajo del hierro colgado, oscilante apenas bajo la campana del cielo. ¿Por qué debían unir aquellas dos orillas? ¿Para qué, si en realidad siempre supieron que eran una misma y sola? ¿Por qué la construcción de este puente no llevaría a ningún lado? Este puente uniendo dos vacíos, las

tierras inhabitadas e idénticas del este y el oeste. Y así, luego de esas noches negras, eran muchos los que al despertar creían haber soñado todo lo que había sucedido la víspera en el puente, en esa sombra o proyección de un puente y al instante de despertar, con los ojos fijos contemplaban de qué modo su inquieto, doloroso sueño se prolongaba y tomaba cuerpo a la luz del sol. Y sentían también, no pocos, que el obrero muerto era el único ya tranquilo y liberado.

Hilde recuerda:

Esa noche me había acostado temprano y dormí hasta bien entrada la mañana, pero al despertarme estaba inquieta y confundía los sueños con la vigilia; con esta mañana luminosa y seca, con su silencio atravesado por el rumor de moscardones que de tan veloces no alcanzaba a ver. Estaba desnuda, me había desnudado para dormir y amanecí destapada. Justo al despertarme vi que la puerta mosquitera se movía, daba su último vaivén, y que alguien se iba. Alguien había estado en mi habitación entonces, mientras dormía, me habría estado observando mientras dormía inquieta por los sueños que no recordaba. De un salto me senté al borde de la cama buscando algo con qué taparme. El calor con la mañana había aumentado y de pronto mis sentimientos cambiaron: de la inquietud de haber sido sorprendida, espiada o vigilada, pasé a sentirme clara y nueva, irresponsable y sin memoria. Fui hacia la puerta y la abrí de par en par. La luz del día llenaba el patio y el jardín y abrazaba la cúpula de los cipreses y las palmeras. No escuchaba un solo ruido, ni un rumor en la casa. La silueta del puente a lo lejos era como la gigantesca osamenta de un dinosaurio, con su maderamen, sus huesos de hierro que encandilaban a la luz de esa mañana deslumbrante y serena. Y entonces recordé haber tenido antes esa sensación, después del sexo. Lo sucedido llenaba todo mi ser de una inmensa alegría. Después que el sexo pasara a ser parte de mi vida, esto me había sucedido a menudo, pero había sucedido hacía mucho tiempo. Con Joaquín y, esporádicamente, con algún otro, con muy pocos. ¿Cómo explicarlo? Sólo así: como si una luz más intensa que lo habitual aumentara la visión de mis ojos, o de mi alma, ¿mi alma? Como si de pronto me hubiera liberado de lo que me estorbaba. Recuerdo particularmente una vez. Con él habíamos logrado gozosamente el orgasmo y después, ya suelta y libre caminaba por la calle, la misma de siempre pero entonces nueva y única e irrepetible, y al pasar por ante la vidriera de una relojería oí el tic tac de unos relojes, de cada uno de ellos, los oía claramente a través del vidrio y los veía, intensamente, con sus colores y voces primordiales, como ahora veo y escucho las copas vagamente mecidas, las ramas de estos árboles y cada hoja y siento los sonidos del bosque a la distancia y el esqueleto inmóvil del puente. Y ahora siento también que todo mi cuerpo sabe algo que yo misma no sé.

Al final de la primavera, apremiados por el tiempo en que volverían las lluvias, habían resuelto trabajar también de noche. Un potente grupo electrógeno iluminaba la parte de la obra en construcción y allí, bajo la amarillenta luz, se concentraban las labores. Entonces, más allá del área de luz se podía ver a menudo el destello acechante o asustado de los ojos de los zorros y oír el aleteo escandalizado de los pájaros en la espesura del monte. Con la primera claridad del día otro grupo de obreros comenzaba su turno. Nunca antes nadie había trabajado de noche. No poco esfuerzo, con ruegos y amenazas, había costado convencer a los peones de que debían hacerlo. Incluso a algunos de ellos hubo que buscarlos donde se ocultaron y llevarlos poco menos que a la rastra. Ni siquiera sirvió de mucho la promesa de un aumento en la paga. “Cada día tiene su noche”, argumentaron. “Y la noche y el día son distintos y no sirven para lo mismo. No es bueno hacer en la noche lo que ha de hacerse en el día.” Eso decían. Strasser había gritado y amenazado.

—Nada se conseguirá con eso —dijo Janos.

—¿Cómo hay que hacer entonces para que estos vagos obedezcan?

—Encendamos las luces y hagámoslo nosotros —dijo Janos.

—Hágalo usted —dijo Strasser.

El sereno de la obra se llamaba Andrés. Era un hombre de edad incierta, pequeño, mestizo y ansioso. Nunca antes nadie se había fijado en él, hasta que ocurrió lo que pudo ser una catástrofe. Como sereno, Andrés vigilaba a un grupo de tres peones, encargados de mantener el hormigón bajo una capa de agua para el fraguado. Pero esa noche abandonó la guardia y sus hombres se durmieron o no estuvieron en su sitio. Al día siguiente fue atroz. Andrés fue sorprendido ebrio en un rincón del andamiaje. Todo el trabajo de los días anteriores parecía haberse malogrado y esa mañana, al descubrirlo, Strasser furioso se abalanzó sobre él y comenzó a golpearlo hasta que el otro, que ni siquiera se defendía, quedó tendido y sangrante ante la mirada de los demás. Janos estaba entre todos y sólo intervino cuando Andrés ya no se movía. Después el trabajo se interrumpió durante todo ese día.

Strasser mandó ensillar su mula y con la sola compañía de un peón se fue río arriba y regresó al anochecer del quinto día.

La obra parecía abandonada y ni siquiera se habían encendido las luces de los faros. A la hora acostumbrada fue servida la cena para los tres, debajo del fanal de luz amarillenta. Comieron sin pronunciar palabra, hasta que Strasser habló, cuando habían comenzado a tomar la sopa, y como otras veces, cuando quería que la conversación se encauzara de otro modo, preguntaba a Janos sobre lo que quizás a él no le importaba demasiado:

—¿Ese comandante de allá, cómo se llamaba?

Janos lo miró y se encogió de hombros.

—Ése —dijo Strasser— de quien el otro día contó usted que rechazó a su mujer y la mandó de regreso porque en el frente tampoco sus soldados las tenían.

—Sí —dijo Janos—. No tiene nombre.

Pero de pronto recordó aquel episodio que ocurrió una tarde, cuando un camión de intendencia descargó en el patio del cuartel un tonel de vino y el comandante dijo: “Si no tenéis vino para el frente, tampoco beberá el cuartel general”. Sacó una pistola y destrozó a tiros el tonel y el vino se derramó por el empedrado. Esto es lo que había contado.

—Ese tipo era un loco —dijo Strasser—. El vino y las mujeres desperdiciados... No podía ganar. ¿No es así, Hilde? —ella no dijo nada. Luego él agregó—: Ese tipo no existía.

—No —dijo Janos—. Pero usted no quiere hablar de esto, ¿verdad?

—Está bien —dijo Strasser—. ¿De qué forma debía tratarlo? —Nadie respondió—. Hay que lograr que sean otros; así como son no sirven para nada. No existen... Está bien. ¡Pero díganlo!... Ustedes no lo aprueban, ¿verdad?... ¡Sí, ustedes dos!

Ninguno habló. Luego Strasser, cuando ya nadie comía, dijo:

—La única manera de cambiar a esta gente, o de destruirla, es engendrar hijos en sus mujeres... ¿Eh, Janos? ¿Lo supiste desde antes, verdad?... Nos gusten o no sus mujeres, es el único camino, mezclarles la sangre. Y los que vengan después ya serán un poco otros... Es una larga pelea, sí... Si no puedes destruirlos, acuéstate con ellos... Sólo así cambiarán, sí.

—Y también nosotros —dijo Hilde—. Strasser permaneció en silencio, escuchándola pero sin mirarla.

—También nosotros cambiaremos —dijo ella. Ahora sí, él la miró—. Y entonces habremos perdido —dijo ella—. Entonces también habrán ganado ellos —dijo Hilde.

—¡No, mierda! —dijo Strasser poniéndose de pie—. Yo no perderé. Haré este puente o lo destruiré; aunque fuera solo. —Después, dirigiéndose aparentemente a Janos—: ¿Cuánto apuesta?

Janos también se había puesto de pie y apenas si lo miró cuando dijo:

—Nada. Usted bien sabe que yo no juego ni apuesto —luego se fue. Strasser, otra vez sentado a la mesa, reía.

Ha llovido durante toda la noche y hacia el oeste, en los fugaces intervalos de la lluvia, los rayos de pronto, uno detrás de otro, iluminaban el cielo pero no por ello el calor amenguaba. El calor, que pega la ropa al cuerpo y es como una confusa duermevela.

Todos duermen en la casa o se han ido. Ella siente las sábanas húmedas. Las aspas del ventilador que pende del techo no se mueven porque el generador se ha averiado. La lluvia se interrumpe por momentos, pero no la fugaz luz de los relámpagos y el ruido sordo que los precede y sigue. Ella se levanta y va hacia la habitación contigua. Strasser tampoco está allí. A los fondos de la barraca cree ver una pálida luz. La lluvia vuelve a ser intensa en ese momento. Cree que tampoco está Janos en la casa, aunque no lo busca. Ambos quizá ya estarían en el puente. Regresa a su habitación y quiere encender una luz pero no encuentra con qué. Es tan terrible no saber o no poder explicar lo que uno siente. Vivir en otro sitio la había privado de saber lo que es una tormenta, las lluvias incesantes, los vientos, las formas descomunales del cielo y de la tierra, el calor, los aullidos, los silbos y rumores ominosos de los animales en las noches. Pensaba que a pesar de todo jamás sería admitida aquí, que esta tierra la rechazaba y que sin embargo no podía resistir su atracción.

Ella sueña que era casi de madrugada y la lluvia había cesado cuando todavía deambulaba fuera de la casa y de pronto despertó; aún estaba oscuro, sintió miedo y no supo dónde estaba, vio a Tilo con su cara oscura y mojada que la sostenía de la nuca y ella, temblando, le rogó que no le hiciera daño, que la llevara consigo, que le daría todo lo que quisiese. Él la escuchaba mirándola como si estuviera lejos y de pronto ella sintió que sus ojos decían: "Dame lo que no tengo" y sintió sus manos en su pecho húmedo. ¿Yo, yo misma?, preguntó ella y él dijo: "Lo único que alguien no puede tener es a otro". Después, al abrigo en la barraca ya estaban los tres y la anciana dijo: "No quiero tener nietos de piedra o de humo". Sintió las manos de Tilo sobre sus pechos y la voz de la vieja y se estremeció. "No queremos tu boca, ni tus cabellos ni tus hijos que serán como nietos de jabalíes." Vio los negros ojos y sintió su cuerpo, sus manos, sus piernas y la voz que sin embargo decía: "Las otras mujeres como vos, las que no envejecen hasta la vejez, no se cuidan de no querer, porque ellas pueden. Tienen en la entrepierna el ardor del aire y la envidia de los conejos. Las nuestras no, porque no pueden vivir pariendo más bocas que coman y por eso es que, apartados, nos encomendamos a San Atanasio y al agujero de la tierra y a la sal, porque ahora sólo tenemos penitencia y cenizas; los pájaros que cazamos no caen ya en nuestras manos ni en nuestras bocas y se pierden entre las ramas y las hojas y sólo recogemos aquellos pocos y enjutos que logran colarse por entre la inquina de los dedos del Señor. Y por eso no te queremos ni queremos a ninguna del color de tus ojos que viene a comer de nuestra pobreza".

El temblor de su cuerpo se aplaza y la luz del alba se posa en sus párpados cansados. Ya no amamos la tierra ni comprendemos el cielo. Se apagan sus fogatas cuyo recuerdo nadie tiene porque ninguno lleva en su cabeza la bandeja de oro. Nadie recuerda, ni siquiera sospecha la historia de ascetismo y de sangre. Ninguno se sobrecoge ante el misterio del zumbido de las moscas, del resplandor secreto que anuncia el verano. Nadie celebra ya la luz que baja del cielo, y los que saltan por encima del fuego y de las llamas han olvidado su significado. Pero el calor y la humedad, el instinto de las serpientes silenciosas, de los felinos, de las flores están preanunciando nuestro invierno, y a su vez el hálito helado de junio prefigura el calor, de modo que sólo existen las ganas, la libertad o el ruido del desamor y de la entrega, a pesar de que nuestra vida —como antes— no es la suma de nuestros años sino de esos instantes fugaces. Hace horas que no llueve y ella entrevé el día que despunta, amanecida en un claro del jardín.

La guerra siempre ha sido así. Los únicos memoriosos son los vencidos; en ellos el recuerdo de la derrota se ha metido en lo más hondo, es un gusano dormido que ya vivirá con nosotros como una idea insidiosa, equívoca y remota. Janos permanece un momento observando aparentemente a un par de peones que tratan de remover un tronco con la ayuda de sendas

palancas para enquistarlo. Los fascistas, en el frío reverbero de esta luz, ya han tomado Aravaca y Pozuelo, pero su nuevo ataque volvió a fracasar. Él está, como ahora, contemplando de qué manera dos personas tratan de remover los escombros de un muro en la retaguardia que es casi ya plena ciudad. La radio suena pero él no la escucha ni entiende una palabra de lo que puedan decir. Los nuestros —recuerda—, yo mismo y los demás, nos batimos con valor y con ineptia hasta que las sombras de la noche trajeron la tregua, pero antes se pudo ver cómo la espaciosa llanura entre montañas estaba plagada de humos blancos y negros de la artillería. El eco aún repetía las explosiones. Una casa solitaria, al borde de la ladera, ha cambiado muchas veces de dueño y de bando. Ahora está el general allí, apenas rodeado de algunos soldados cubiertos de polvo y de mugre. Los soldados observan los galones y todos se tranquilizan. Antes, ni aquí ni en guerra alguna, nadie podía ver a los generales a menos de cien kilómetros.

Esta noche luego de cenar Strasser y Janos, sólo ellos dos, están en la galería. La noche es clara, pacífica, y los dos hombres parecen mirar vagamente las sombras. Beben en silencio lo que resta de las copas que han llevado consigo. De pronto Strasser dice:

—Hemos dejado la botella adentro, voy a traerla —Strasser intenta ponerse de pie pero Janos lo sujeta del brazo.

—Escuche —dice Janos, con el tono de quien intenta una confidencia.

—Dígame —dice Strasser.

Janos calla, pero luego dice:

—Ya está bien.

—No —dice el otro—. Podemos hacerlo mejor.

—¿Qué quiere usted probar? Ya está casi borracho. Si algo quiere decirme, dígalo ahora.

Strasser ha vuelto a sentarse. Y después dice:

—Estas noches quietas son asquerosas... ¿Por qué usted no tiene mujer, Janos? ¿Es por eso que no se emborracha antes de acostarse?

A la distancia se oye ladrar un perro, seguramente alertando el paso de alguien por el callejón. Después sobreviene otra vez el silencio.

—¿Qué ha venido a buscar por aquí, Janos? ¿Por qué está aquí? —Janos calla—. Usted no es mejor que yo —dice el otro—. Usted ha abandonado la pelea cuando comenzaba. No me engaña... Y yo también... Su país ya no existe, el mío lo ha aplastado. ¿Usted lo sabe, no? Esto es lo que digo: usted no es mejor, los dos somos desertores... ¿Qué hace usted aquí, eh?... Ahora le toca a usted.

Janos permanece en silencio y luego de algunos minutos dice:

—Construyo un puente.

Strasser, que mientras tanto ha ido adentro en busca de la botella, dice:

—Un puente, sí. Mi puente también es el suyo. Un puente de mierda, una idea rusa; todos los rusos son locos, como los indios de este país, pero no tan silenciosos. Usted imita el silencio de estos indios asquerosos, ¿verdad, Janos?... Tome un poquito más, por Dios.

Pero Janos calla. El otro continúa.

—Es cierto. En verdad, usted es más valiente que yo mismo. Yo me iré una vez que el puente esté terminado. Usted parece que se quedará. Pero es lo mismo. Ninguno de los dos veremos pasar a nadie por este puente... Sírvase un trago más.

—No. Ya está bien.

—Nadie pasará por este puente —dice Strasser, al tiempo que se incorpora y enseguida, de rodillas, tomando de los brazos a Janos, dice—: ¡Vamos a destruirlo! ¡Antes de terminarlo destruyámoslo! ¿A quién le importa? ¿Qué significamos nosotros en este lugar donde ninguno comprende lo que hacemos, ni nos quiere? ¿Para qué servirá hacerlo?... Ya sabe usted: después del éxito sólo viene la frustración, vienen la desilusión y la muerte.

—Después siempre viene la muerte —dice Janos—. Y los que huyen de la muerte la persiguen.

—Al final sólo ganarán los rusos... —dice Strasser—. Y estos indios. Los malditos hijos de puta.

—Váyase —dice Janos.

—¿Que me vaya? Mi mujer no quiere irse... Ni quedarse. Eso sólo les sucede a las mujeres, porque esperan. Esperar es lo único que saben hacer, como los rusos, y como los indios.

Después dijo:

—Janos.

—¿Qué quiere usted saber?

—Nada. Quiero decir: yo antes he conocido la felicidad.

—¿Qué felicidad? —pregunta Janos.

—No lo sé —dice Strasser—. Quizá la felicidad sea lo que los otros decidan. Quizá sea... lo que no tengo aquí. Lo que se me va de las manos... la juventud, mi mujer, la guerra —Strasser por momentos balbuceaba e intercambiaba con voz sibilante palabras en su propio idioma con el tono de un hombre afiebrado que delira.

La oscuridad y el silencio del interior de la casa eran mejores que la oscuridad de la noche en el bosque. A esa hora, con el amanecer que se anunciaba, ya no había luciérnagas ni ruidos, ni rumores, salvo el de las aguas del río deslizándose para siempre.

Después de esto vino un largo silencio. Strasser parecía dormido. Janos se puso de pie y caminó hasta el borde de la galería. El otro dijo:

—Janos, mi mujer le gusta, ¿verdad? Pero ustedes dos son distintos. Ahora estoy borracho y ella está sola. Puede usted ir... Le juego el puente: ella es como el azar y usted no.

Janos se volvió y en la penumbra alcanzó a ver a Strasser en su poltrona, sacudido por la risa o el llanto.

—Pero...

—Ella me lo dijo. Usted le recuerda a alguien. Alguien que nunca conoció.

La presunción de una luz dorada, brumosa sobre la copa de los árboles, hacia el fondo, anunciaba el amanecer.

Es un día franco entre dos semanas de lluvias intermitentes y ella no ha querido permanecer en el mismo lugar donde los otros se emborrachaban o jugaban a los tejos, sin importarles otra cosa que su propio entusiasmo nacido de la soledad y el alcohol. Ella ahora está sentada escuchando el rumor del reguero de agua clara entre las piedras, a la sombra de los helechos, escudo de sapos y de culebras verdes, sentada en el bordillo, con la espalda recostada en una tinaja gorda y repleta de maíz. El día está nublado y apenas si corre viento en esta tarde templada en la estación que va para el otoño. Nadie la ve, puesto que todo está centrado en los hombres que juegan, sin nada que temer ni que esperar. El rumor de las voces que de vez en cuando viene del otro lado no alcanza a perturbar lo que la canción que llega del interior dice. Y esta canción gozosa habla de abuelos y doncellas, de los viejos sabios que a ellos les advirtieran de la malicia y del engaño de los dioses y del misterio de la vida y de la muerte que nos deja desnudos y boca arriba, de los pájaros oscuros que comen las lombrices de la tierra y de la tierra que al final se come a los pájaros oscuros y demás aves que vuelan sobre los techos de las casas, aquellos que comen el maíz, beben el agua de las acequias, de los ojos del manantial y se adormecen sobre las rocas inflando el buche satisfechos, sin que nadie los vea, y al gavilán, a la tortuga y al tábano, a las muchachas enamoradas y a los peces; esta canción que alude a la sed provocada por el sol, por la sal, y a la noche que con su ancha boca devora al sol que luego vomita cada día. ¿Dicen todo esto? El bandoneón flamante de Tilo, que está a un costado de los que juegan, le pone música.

Esa música hace que no le importe quitarse los zapatos y entonces mete los pies en la acequia y con el agua que fluye se moja después el cuello, los cabellos, el corpiño, mientras los hombres juegan y Tilo, que se agranda como la sombra de una montaña, estira y estrecha el fuelle de su bandoneón por encima de todos, callado y ajeno y con los ojos vacíos como si fuera la muerte.

En una fonda oscura en Madrid sitiado.

Una bomba mató a dos niños que jugaban en la calle. Sólo los viejos y los que van para viejos tienen destreza para vivir. Nosotros sólo podemos vivir ahora, en este momento. Ella le estrujaba la mano sobre la mesa, que él quería retraer, y lo miraba con sus ojos bien abiertos, oscuros y brillantes como ascuas. “No te vayas”, le dijo, “deja que se maten ellos”.

“¿Ellos?”

“Sí, ellos, los que ya están muertos.”

“Yo no he venido, y tampoco los demás, para eso”, dijo él quitando la mano con violencia.

Se combatía junto al Puente de la Princesa, los moros habían logrado llegar por dos veces hasta el río y milagrosamente fueron rechazados.

“Janos, por Dios”, dijo ella. “Déjalos que se maten.”

La artillería pesada facciosa se aproximó más y comenzó a cañonear las casas de detrás de la Plaza de España. Ayer dos mujeres de Carabanchel, que pasaron las líneas y desde anoche están refugiadas en la fonda, contaron que allí por tercer día se está produciendo una monstruosa matanza de pobre gente. No, no sólo fusilan, dicen que hay que ahorrar munición; se ejercitan en cortar el cuello de oreja a oreja a los prisioneros maniatados.

“Me voy”, dice él y trata de ponerse de pie. “Yo no he venido a esto.”

“A qué has venido, dímelos; hasta los topos ciegos huyen de la tierra, incendiada. Vámonos, Janos, vámonos al campo.” Luego agregó, hablando como para sí. “Si sólo hubieras venido a pelear y a que te maten, no te hubieras acostado conmigo.” Ahora ella trataba de contener el llanto.

Él, que estaba de espaldas al portal, no obstante vio que llovía y que la lluvia aumentaba. Es mejor, pensó, esto contendrá la actividad de los junkers. En ese momento llegó una niña pequeña a la mesa donde estaban y dijo: “Madre, abuelo está borracho y da de voces en la calle. Se ha herido en la cara y quiere entrar”.

Ella no pareció verla ni oírla. Él ya estaba de pie cuando ella dijo, sin mirarlo:

“Llevo un hijo tuyo... Si te vas lo pierdes. También yo”, agregó cuando él desapareció por el vano de la puerta.

En ese momento caía la llovizna, fría y alucinante sobre el caballo muerto aún atado a un carro destruido.

La calzada del puente ya está casi concluida. Unos días más de trabajo, más que nada en los ligamentos del barandal, y sólo restarán las pruebas de resistencia.

—¿Cuántos días? —pregunta ella.

Atardecía y a lo lejos se oía música tenuemente y el sonido, conforme a las suaves ráfagas del viento, aumentaba o disminuía casi hasta desaparecer. Venía la música otra vez de la barraca.

—Nadie podría asegurarlo —dijo Strasser—. Depende del tiempo y de estos vagos y borrachos.

—¿Y después qué? —en ese momento apareció Janos en la galería y se sentó en la hamaca donde acostumbraba, separado.

—Después habrá terminado todo... Después no me importa —dijo Strasser.

—¿Después nos iremos de aquí? —preguntó ella, pero sin ansiedad, sin siquiera esperar respuesta.

Strasser miró a Janos, que había traído consigo una botella y se servía un vaso de ella, y le dijo:

—¿Seguirá usted tomando de ese vino de mierda?

Janos no contestó.

—Nos iremos. ¿Estás contenta, verdad? —dijo Strasser sonriendo.

—No. No quiero irme... —dijo Hilde—. No me importa.

Entonces sucedió que Strasser se puso de pie, caminó los dos o tres pasos que lo separaban de ella y tomándola con ambas manos de los brazos la apretó con fuerza y comenzó a sacudirla.

—¿Que no quieres irte, verdad? —y con las manos la tomó de la cabeza atrayéndola hacia su cara, gritándole—: ¿Y qué podrías hacer aquí? ¿Qué, arrastrarte?

En ese momento Janos se levantó de su asiento y le gritó:

—¡Strasser! Déjela en paz.

El otro se calmó pero se quedó de pie.

—Es mi mujer —dijo.

—Sí —dijo Janos, regresando a su hamaca; y enseguida Strasser dijo:

—Me voy.

A los pocos minutos ambos, aún en la galería, vieron cómo Strasser se alejaba al galope en dirección del pueblo.

Después ella y Janos en la galería permanecieron largo rato en silencio hasta que hubo necesidad de encender las lámparas.

¿Por qué ella comenzó a sentir la atracción por este mundo? No porque fuera bello o porque fuera simplemente distinto, sino porque influía en ella de un modo no racional, nuevo, porque sentía que todo esto anublaba todo lo que en ella había de herencia civilizada. Un mundo — para ella— sin lógica, sin medida ni piedad, el mundo de la vida y de la muerte, sin lágrimas ni lamentos ni retórica. Que aquí la naturaleza no tiene el poder de aniquilar como lo tiene el hombre civilizado, ya que la naturaleza no mata, sólo disuelve y transforma; este mundo en donde la simiente es eterna, un mundo sin amenazas ni castigos, sin culpas ni tristezas y sin promesas de dudosa felicidad. Un saber con el cuerpo que la vida no es para después sino para hoy, para el presente, para cada instante. “Está bien que mañana sea mañana y que el miércoles siga al martes, que lo más pesado caiga; que ocurra lo que tenga que ocurrir. Que una piedra sea una piedra.”

No obstante, sentía que debía ir en su busca.

—Sé dónde está —dijo Tilo cuando ya entraban al pueblo por el callejón del norte bordeado de sauces a lo largo de la playa del río.

Eltilburycon el rodar de sus altas ruedas levantaba el polvo del callejón y las nubes de polvo tardaban en posarse porque ya el viento al atardecer estaba quieto. Ella se había cubierto los cabellos con un pañuelo blanco sujetado con un nudo debajo de la barbilla. De vez en cuando de las casas vecinas salía disparado un perro intemperante a ladrar al paso del coche. Por el mismo callejón pero virando hacia el poniente llegaron hasta una antigua casa de piedra, que antes había sido una bodega y ahora era el prostíbulo, con sus puertas y ventanas de azul descaecido por los solazos.

—¿Es aquí? —pregunta ella.

—Si lo que anda buscando es esto, sí —dice él.

—¿Dónde es la puerta?

—Ahí, enfrente.

Hilde se apeó.

—¿No vas a bajar? No quiero entrar por la puerta.

—No —dice él.

—¿No, qué?

—No nada. Un hombre no debe mirar a otro, cuando el otro no lo sabe.

Hilde comenzó a caminar hacia los fondos de la casa y Tilo lo hizo en sentido contrario. La luz del sol, otra vez, se asomó por entre unas nubazones pardas.

De pronto ella escuchó la música suave de un fonógrafo y fue hacia la ventana próxima, que era alta y pequeña y para llegar a ella tuvo que ponerse en punta de pie. Adentro era luminoso, confuso, pero de allí venía la música. Sólo vio una cama de hierro, como la de los hospitales, y en el medio una mesa. En un rincón, colgados de una cuerda tendida de pared a pared, sobre

un fogón, habían puesto a ahumar presas de carne de chivo. Strasser bailaba, sin pantalones, con una mujer gorda.

Hilde regresó apresuradamente en busca de Tilo que a cierta distancia, junto a un árbol deshojado, había detenido el coche. Luego entraron al centro del pueblo y entonces dijo ella:

—¿A dónde vamos?

—Me dijo usted que había venido a comprar un vestido; aquí hay una tienda —Hilde bajó.

El resto del día fue como un sueño, esos sueños en que todo se hace o sucede sin esfuerzo.

Ella recuerda:

Ya el sol iba a ocultarse cuando regresábamos del pueblo. Yo iba en el asiento de atrás y desde allí miraba las espaldas de Tilo, su camisa de liencillo y sus gruesos tiradores y el ademán de su brazo que acicateaba el caballo. Regresaba con un vestido azul recién comprado, como un acto gratuito.

El camino entre la ciudad y el campamento era un largo callejón ocre y amarillo, flanqueado de árboles y arbustos de hojas tan grandes como jamás había visto. De pronto el coche se detuvo bruscamente. “Es una víbora gruesa”, dijo Tilo, lo que había alertado al caballo. Tilo descendió y mató a la serpiente, que vi agonizante y retorcida sobre sí misma. Luego continuamos al trote. Entonces le pregunté si podía ir en el pescante. No dijo nada y continué el viaje a su lado. El camino de pronto se angostaba entre los grandes árboles y entonces pregunté:

—¿Cómo pueden vivir aquí, sin querer irse? —él no respondió.

—¿Es que nunca hablas?

—Uno debe quedarse donde están los muertos. Sólo se debe vivir ahí... Y nunca hablo cuando no sé de qué.

—¿Es que hay que hablar sólo cuando se sabe de qué?

—Sí —dijo él. Y dijo—: ¿Usted ve al gato del monte en aquella horqueta?

Ella mira hacia los costados y dice que no.

—No habla porque no lo ve. —Y después agrega—: Es muy difícil conversar con la gente.

—¿Conversar con la gente?

—Yo no tengo voz —dijo él—. Usted no tiene ganas; sólo está triste. Yo soy mudo y usted es ciega.

El trote del caballo se acompasaba por la cercanía del destino cuando casi era de noche.

Ya sola en su casa recordaba:

A veces en mis fantasías de vigilia, no en sueños, que son contundentes e imposibles de dirigir, he deseado que él se muriera y esto me entristece y excita, pero no porque él se muera sino por la perspectiva de quedarme sola. Sola y para mí. ¿Qué haría entonces que no pueda hacer ahora? Creo que él se da cuenta de mis fantasías, las intuye o las imagina y no parece importarle. En realidad me parece que él nunca ha creído que yo verdaderamente exista. ¿Qué soy y qué he sido para él? ¿Cuál es el papel que me ha atribuido en su vida? Si pudiera ver todo y a todos como Dios lo ve, con la paz, sin entusiasmo ni pena de quien conoce el principio y el fin. Pero ahora pienso que sólo tengo ojos para ver los detalles que me acongojan, que estoy cegada porque siento que ya lo he visto todo. Mis ojos están cansados de estar cerrados.

De pronto le pedí a Tilo que detuviera el coche. Aún no había anochecido. Caminé hacia el arroyo que corría a lo largo del camino. Estaba segura de que él me seguía. Al borde del agua me quité el vestido azul recién comprado, sin decir una palabra me puse bajo su mirada y me hacía mirar por él, así quería correr el peligro de ser vista quizá para apropiarme de él, convertirme en un objeto fascinante, arrastrarlo a la aniquilación, a no ser él, a suprimirlo. Quería tal vez vencerlo de este modo. Él vino hasta donde yo estaba y me miró y dijo: “Si alguien quiere algo sin pagarlo, lo pierde”.

Sólo al día siguiente regresó Strasser.

Él no habló. Hoy he visto en el espejo —recuerda Hilde— mi cuerpo desnudo, amortecido y abstracto; los días se suceden sin sentido como el tenue y silencioso caer de las hojas, y sin embargo creo que nunca quise nada que no fuese vivir. Miro a lo lejos desde la ventana que da al campo abierto, a las montañas crepusculares y al cielo, hasta enajenarme. Siento zumbir la brisa y siento la lluvia y la veo caer sobre todo lo que veo y escucho mi propia respiración como si fuera ajena. Todo es tanto y tan poco. Un gallo canta y la luna asoma sólo porque sí. Todo se ha vuelto insoportable, excepto las ganas de una vida.

Desde hace un tiempo tengo una sensación rara en los labios, aunque no esté triste ni alegre no puedo sonreír ni puedo obligarme a hacerlo, como estos indios que construyen el puente y que a nuestros ojos parecen sombríos. Pero quizás ellos rían y lloren de otra manera. Todo es tan tonto. Sonreír manipulando tu propia sonrisa para que me sonrías de vuelta y así me sienta bien. Esta mañana apenas despuntaba el sol me levanté y fui hasta la ventana. Afuera a lo lejos se veía una delgada columna de humo blanca. ¿Para qué construimos este puente si todos aseguran que no irá a ninguna parte? Ellos cumplen con su trabajo como un ritual. Saben lo que tienen que hacer cada día, pero ignoran y no les importa el día siguiente; sólo parecen conmoverse con las explosiones de dinamita, cuando huyen aterrados a ocultarse y cuando el estruendo pasa y se acalla vuelven a aparecer, como cuando se aplacan las tormentas. Pero esto es lo que yo pienso, o creo ver o pensar. ¿Cuál es la diferencia entre estos hombres y nosotros? Ellos trabajan, descansan y disfrutan. El lema del hombre blanco es “sigue trabajando” y se enfurece cuando los otros no lo hacen. Desde que regresó aquella mañana, cada vez soporto menos la sonrisa de Strasser, su canturreo incomprensible y monótono mientras se afeita. Nunca lo había notado antes. Parece un loco o parece simular que está un poco loco. ¿Cómo se puede estar un poco loco sin estarlo ya? Una noche después ha venido a mi cama y cuando no pudo hacerlo comenzó a reírse; traté de eludirlo, de incorporarme y de pronto sentí sus manos en mi cuello y el peso de su cuerpo apresándome. Se refugiaba quizás en su vieja propia culpa. Puedes gritar, me dijo. Puedes gritar y gemir para que te oigan. Por favor, puedes hacerlo por mí, dijo. Después creo que lloró en silencio y se quedó dormido. Apenas si al cabo pude apartarlo y, como otras tantas mañanas, me desperté maldormida en un sillón cuando en la galería la quietud anunciaba el alba. No sé cuánto tiempo pasó. Cuando la luz deslumbrante y el calor me despertaron y la voz de Zarah Leander que él había dejado puesta en el fonógrafo, otra vez, antes de irse.

Un par de semanas después vinieron los ferroviarios a probar la resistencia del puente.

Bien temprano en la mañana una locomotora llegó acezando desde la ciudad. Los trabajadores desalojaron las vías y se colocaron a los costados. El maquinista, un hombre oscuro de barba mal afeitada y con antiparras detuvo la locomotora, descendió y fue caminando los veinte metros que separaban la locomotora del puente; llegó hasta allí y luego de detenerse unos segundos comenzó a caminar sobre el puente; fueron quince o veinte pasos. Después regresó a la locomotora. Tocó por dos veces el silbato y la locomotora que empujaba por delante dos vagones avanzó lentamente y allí se detuvo, con los vagones sobre el puente. Entonces tocó nuevamente el silbato y los peones comenzaron a gritar agitando los brazos y sombreros. Por debajo, burladas discurrían las aguas del río. Ya nada sería igual.

Un trimotor *junker* alemán, derribado e incendiado al caer. Pero antes había arrojado dos bombas que mataron a tres caballos. Uno de ellos al principio había quedado vivo, con las vísceras afuera. El teniente le pegó un tiro en la frente. Luego, al atardecer, unos muchachos separan las partes comestibles de los caballos, trozándolos, y en un carro llevan la carne, que ya casi no sangra, al pueblo vecino de Albarton. Pero antes de llevarse la carne de los caballos se lo dijeron al oficial, uno de cabeza canosa, chupado de mejillas, con unas gafas anticuadas de montura de metal, que apenas si entendía unas pocas palabras en castellano y asintió con la cabeza.

Pasan tres horas, el sol comienza a declinar, los restos incendiados del *junker*, con el cadáver destrozado y calcinado del piloto adentro, todavía echan humo. Aquí, en las montañas, en otoño anochece pronto.

Strasser ha regresado al atardecer del día siguiente. Otra vez había pasado la noche en el burdel del pueblo, como empezaba a ser su costumbre. Había ido solo, sin hacerse acompañar por Tilo. “No me gustan los monólogos de ese loco”, dijo. “Tampoco lo soporto cerca, cuando está mudo, mirándonos, como un acreedor insatisfecho y estúpido.”

—¿Por qué vas? Ya lo sé, yo ya no existo. Pero, a pesar de eso, ¿por qué lo haces?

—Sólo borracho —dice él.

—¿Cómo?

—Lo hago cuando estoy borracho.

—No. Es al revés. Te emborrachas para hacer cualquier cosa.

—Lo que cohíbe... —dice—. Acércate... no puedo levantar la voz... Lo que cohíbe, lo que mata al amor es la historia.

—¿La historia? ¿Quieres decir la costumbre?

—Quiero decir los demás en nosotros.

Ella luego de mover la manija de la vitrola fue a sentarse sobre un almohadón en el suelo. Strasser seguía de pie mirando a través de la ventana.

—Quiero decir —dijo— que por los demás nos corrompemos.

Ella no lo miraba y parecía no escucharlo ya.

—¿Por qué otra vez esa música?... Sabes también que nunca volveremos allá.

—Por eso —dice ella.

—¿Dónde está Janos? ¿Estás sola?... Quizás esté escondido... ¿Han oído las noticias en la radio? Su país de mierda ha sido invadido por nosotros. ¿Se lo has dicho, Hilde?

Después ella se quedó otra vez sola. Pronto sería de noche. Una noche igual a todas las demás de aquí, con ruidos diferentes, silbos de pájaros ocultos, gallos que cantan en cualquier momento porque les da la gana. Estas noches en las que el tiempo parece transcurrir con exasperante lentitud. “¿Quién llega primero a esa roca escarpada en el lago?” Con Helga y su primo Rudi corrían y estaba prohibido detenerse.

En el día franco, vísperas del carnaval, Tilo, en las traseras de la barraca, desde media mañana comienza a tocar el bandoneón. Primero con acordes imprecisos y breves y luego pedazos de melodías, cortadas abruptamente. Frente a él, un perro negro, sentado sobre sus patas, escucha, luego lentamente va a echarse junto a la pared. Más tarde llegan los hombres que hoy no trabajan en el puente. Muy pocos tienen mujeres y no las comparten. Los otros, los que están solos, se limitan a emborracharse sin escándalo.

Desde muchos días atrás la vieja en la cocina preparaba las bebidas; fue echando en la gran tinaja los maíces a medio masticar y sus ojos parecían extraviados por la mirada íntima y perdida o como para adentro, como si tuviera un pensamiento fijo y escondido.

Cuando ellos llegaron ya se había incorporado un bombo que acompasaba. Hilde pronto le tomó la mano a Strasser y la retuvo. Quiero estar cerca de ti, decían sus ojos. Es el Domingo de Tentación. La vieja los miraba desde lejos. Tilo se encorbaba sobre el bandoneón. “Me prometiste tu corazón / para el Domingo de Tentación”, decía el estribillo. Quiero que estés conmigo, dijo ella, pero él con su mano en la suya no habló. Buscaron donde sentarse. Ella no hizo nada para retener sus lágrimas. Esa noche había soñado con el bosque de Menz, en cuyas lindes por aquellos borrosos días vivía con sus abuelos, y con el rostro de Franz ¿o Rudi? Griebel, que entonces tenía diez o doce años, con un flequillo claro e indócil sobre los ojos negros, y después vio un recinto claroscuro con tenues celajes de humo vagamente semejante a la gran cocina de la casa y en uno de los muros el viejo grabado donde se veía a un turco que sentado en su taller fumaba en pipa con el vientre desnudo. La lujuria es un pecado cristiano; esto lo

decía alguien en el sueño, o ella lo pensaba, superpuesto a la imagen del turco. La lujuria, como el infierno del arte, y en el sueño Tilo sin hablar decía cuando no oigamos las señales del corazón, de lascivia y locura serán nuestras palabras y el mundo y la vida, siendo hermosos no tendrán belleza. No despertarán aún los no despiertos, los que están dormidos en este tiempo de siete días de reinado efímero. Adentro estaba tibio y afuera nevaba y ella recordaba en el sueño otros días cuando niños, ella y sus primas y primos jugaban a esconder su corazón que era una piedrita en el desván, a sus ojos enorme, sobre el granero y quien de los varones la encontrara podría tocarla y darle un beso y nunca era igual un beso que otro, ni el sentirse tocada torpe o nerviosamente en la oscuridad o penumbra del desván a través de cuyo ventanal apaisado veía nevar. Nunca encontraron mi corazón puesto que yo lo tenía en el puño, sin haberlo escondido y después en las noches lloraba sin saber por qué. Lloraba por mí.

Un viento fuerte, no frecuente en esta época del año, encajonándose en el lecho del río había tumbado algunos árboles. Janos, que fue a observar los posibles daños en el puente, regresaba, pero antes de llegar a la casa una ráfaga apagó la llama del farol; continuó a oscuras el corto trecho hasta la galería y escuchó voces: *...no, no lo harás...* y un golpe, y al cabo de algunos instantes la voz de ella continuó: *... claro que no. Conozco tus desafíos, son como los de siempre, nunca podrás ser más que un cobarde,* y sólo entonces ella rompió en llantos.

Janos no quiso escuchar más y cautelosamente, cuidando de no hacer ruido, salió de la galería hacia su habitación. No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que las sombras cedieron, pero el viento había desaparecido antes del amanecer.

Esa misma mañana comenzó a morir la vieja Eduviges y su mansa agonía duró hasta bien entrada la noche. Tilo no se movió de su lado, sentado en una silla en silencio con la mirada de sus ojos aparentemente puesta en algún lugar que nadie más veía. Las lágrimas, el dolor, el miedo han creado a Dios, no el amor. El amor no necesita de nada. Así como el frío y el horror de la noche han creado al fuego; porque Dios y el fuego son la misma cosa.

La anciana murió muy temprano en la mañana y fue llevada a enterrar por un escaso cortejo que antes de echar a caminar hacia el cementerio, a una señal de Tilo se detuvo en el patio de enfrente de la casa, debajo del parral. Allí Tilo colocó su silla junto al féretro asentado en el suelo y comenzó a tocar con su bandoneón una melodía entrecortada que todos escucharon en silencio. Habían llegado los hombres que trabajaban en el puente y algunas mujeres, con manojos de flores silvestres. Nadie hablaba ni lloraba, salvo Hilde que parecía llorar en silencio. Janos permaneció detrás del grupo y Strasser, borracho desde dos noches atrás, no fue. Los hombres, ya en el patio, se habían puesto el sombrero. Tilo de pronto dejó de tocar y miró al grupo que permanecía en silencio junto al féretro, fue como si los mirara de a uno por vez, como si buscara a alguien, o como si se preguntara quién era esta gente, ¿qué saben y no saben?, aquí todos han olvidado su origen y el origen de sus antepasados y en eso está la semilla de todo mal, puesto que nadie debía esperar que los extraños se las recordaran... los fornicadores y ladinos emboscados en los senderos, entre los árboles... esta tierra vencida por los otros, por los nuevos, pero acechante para volverse otra vez en contra de quienes los maniataron y despojaron y emporcaron sus manos y los burlaron, y paralizaron sus pies; despreciaron los caldos de sus cántaros como si fueran ponzoña y amancebaron a sus mujeres, aun a aquellas que habían sido, en un principio, inmediatamente después de que fueron vencidos, cegadas por sus abuelas antes de la pubertad con trozos de lajas puntiagudas, y doblegaron a sus hombres convirtiéndolos en vacas, aves de corral o carneros y tocaron música con cuerdas y convirtieron a los ancianos en mendigos y esparcieron pestes insidiosas aun en los lugares altos y apartados y hasta en los más lejanos paraderos. Pero ahora están todos otra vez, los que siempre vivieron aquí y sus antepasados y tataranietos, son su cuerpo invisible, aquellos convertidos en encubridores o cómplices, ahora al acecho, disfrazados de conejos o de tormentas, disfrazados de mosquitos; inmóviles y atentos como pájaros que husmean la

carroña abandonada en el monte, en estos montes que huelen a podredumbre, a resinas perfumadas y quemadas.

Una tarde ella fue hasta su puerta —sabía que él estaba adentro— y llamó suavemente, como con escrúpulos. Janos demoró algunos segundos en abrir la puerta, tanto que a ella le parecieron demasiados y estaba a punto de regresar, arrepentida, cuando él apareció. Con un gesto le indicó que entrara y esperase. La habitación no parecía pequeña, tal vez porque casi no tenía muebles, excepto un sillón y junto al sillón unos libros. Ella observó las paredes blancas y desnudas, sin un cuadro, una percha, un espejo, nada. Unos muros blancos y rugosos. Hilde dio unos pasos en dirección a la pequeña ventana y luego desistió, regresando al sillón; recogió entonces uno de los libros, el que estaba abierto boca abajo, trató de leer pero no entendió el idioma en que estaba escrito. Luego tomó otro y leyó: “El amor es hijo del engaño y padre del desengaño, el amor es el consuelo en el desconsuelo, la única medicina contra la muerte”. En ese momento Janos regresó a la habitación.

—No sabía que leía esto —dijo ella. Tomó el libro en sus manos y lo arrojó en el extremo del sillón. Ella se sentó y fue entonces cuando dijo—: Tiene que hacer algo, por favor, él está loco. Yo sé que está loco —entonces levantó su rostro y él vio que lloraba—. ¡Por Dios, Janos! Me ha dicho que destruirá el puente no bien esté terminado.

Después calló, con las palmas de las manos se secó las lágrimas. Janos a su lado la miraba.

—No es que me importe el puente —dijo ella al cabo—. Yo sé que nadie sabe para qué se ha construido este puente que no lleva a ninguna parte.

—Ninguno —dijo él, al cabo de otro silencio.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Ningún camino lleva a ninguna parte.

—Janos, quiero que me ayude a llevarlo, a sacarlo de aquí... Él ya no es el mismo.

Él recordó entonces la conversación escuchada al azar entre ambos aquel atardecer, cuando regresaba, y dijo:

—Tienes que averiguar si lo que quieres es irte o deshacerte de él. Ella escuchó eso y tenía la cara entre sus manos. Él observó el llanto en el leve temblor de sus hombros y entonces por un momento sintió otra vez el irresistible impulso de abrazarla, de sentir sus mejillas mojadas por el llanto en la suya, como antes, mucho antes de haberla conocido, sintió algo semejante al abrigo de una cerca de piedra junto a las aguas de un arroyo mientras los estruendos cercanos marcaban el ritmo de su apremiante e inevitable despedida. “Nada podemos hacer, nada”, había dicho entonces; recordaba que su bicicleta, que había pertenecido hasta la tarde anterior a un miliciano muerto, estaba allí, apoyada en el muro de piedra, esperándolo. La muchacha ya no lloraba. Sólo preguntaba, pero como si lo hiciera a sí misma o a nadie, y él pensó entonces: “No sé por qué ni sé qué somos; qué somos los hombres y las mujeres... En la vida sólo alcanzamos a conocer, odiar o amar a un puñado de hombres y mujeres... Los demás, el resto, no existen”.

—Lo quiero —dijo Hilde pero hablaba en voz muy baja para sí—. Yo sé que lo amo. ¿Cómo es posible amar y al mismo tiempo desear que el otro no esté?... ¿Sólo amamos de verdad lo que no está?

Era tarde cuando Hilde salió de la habitación de Janos, que se había ido muy poco rato después de llegar ella, dejándola sola. Y cuando ella atravesó el espacio de jardín rumbo a la casa no pudo ver que Strasser la observó venir a través de la celosía, cuando aún no estaba borracho.

Strasser yacía en cama desde cuatro días atrás cuando, borracho, se había asido del promontorio desde donde contemplaba los trabajos de reencauce del río y había rodado barranca abajo. En una camilla improvisada lo transportaron hasta la casa; tenía una mano quebrada, traumatismos en el cráneo y la mitad del rostro tumefacto con el ojo izquierdo semicerrado por un hematoma y, a pesar de los cuidados, no acababa de salir del coma

alcohólico. Hilde no se movía de su lado junto a la cama y también, en los atardeceres, llegaba Janos; entraba cautelosamente luego de llamar casi imperceptiblemente a la puerta y sin decir palabra se sentaba del otro lado de la cama. Strasser respiraba por la boca y tenía los ojos abiertos como si mirara con atención, pero estaba inconsciente. A esa hora los pájaros acudían ya a refugiarse en los árboles cuyos oscuros follajes se veían amontonados a través de la ventana del cuarto.

“Por favor, Dios; creo que ya no podré más”, dijo ella, encorvada en su asiento, y en la penumbra parecía una niña pequeña. “Janos, debemos ayudarnos.”

“Todo lo posible está hecho”, dijo él. “Creo que ya nada puedo hacer.” No era cierto. Él en verdad hubiera querido poner sus manos sobre aquellos hombros que parecían pequeños y temblaban, hubiera querido estrecharla en sus brazos y sostenerla junto a sí; tal vez decirle algunas palabras, sin saber cuáles; sólo unas pocas palabras que lo acercaran y que así ella supiera de qué modo él podía estar a su lado y que no sólo era una silueta muda y desdibujada en la penumbra de aquel cuarto donde yacía un hombre obstinadamente solo e impotente que, como él mismo, se esforzaba para que nadie pudiera decirle que lo amaba. Ella, como si leyera aquellos pensamientos o los adivinara, rompió a llorar francamente. Luego de un momento Janos se puso de pie, fue hasta ella rodeando la cama y le puso la mano suavemente sobre el hombro; ella lo sintió y alcanzó a posar su mano suave, tibia y mojada sobre la de Janos y de pronto ambos escucharon la voz quejumbrosa de Strasser que alcanzó a decir algo que ellos no entendieron.

El puente ha resistido las pruebas y para su terminación sólo falta lo que tarden las obras de arte. ¿Es necesario ornamentar un puente? Para los romanos y aun para los asirios no era sólo una cosa que unía dos márgenes, era también sobre todo un símbolo, es decir algo más que lo que vemos, algo que sirva para eso y para todo lo demás como eso; una generalidad. Pero nadie de verdad se había preocupado por averiguar qué verdaderamente había del otro lado, más allá. Estaba el país donde comenzaba el desierto, o mejor dicho, estaba el desierto donde comenzaba el país, y después el desierto. Una generalidad, algo abstracto, que sirve para clasificar. Los niños no generalizan; las generalizaciones nos hacen escépticos y tristes; desde muy pequeños, desde que nos sostenemos en pie nos piden que comprendamos, es decir que seamos razonables. La civilización es eso: hacer todo predecible: la ciencia, todos nos aferramos a eso, como a Dios, porque cuando se pierde el rumbo, el sentido, sobreviene la angustia. El desierto. ¿A dónde irán todos estos hombres luego de que termine la construcción del puente? ¿De dónde vinieron? Aunque al parecer se trataban entre sí con gran familiaridad, nadie sabía nada del otro; a ninguno parecía preocuparle lo porvenir, nada más allá de esta obra a la que habían visto nacer desde muy abajo del lecho del río y elevarse sólida y palpitante como un desafío que sólo quizás el tiempo podría abatir.

Ella le había dicho: “Tengo la sensación de que todo se acaba; en realidad, que todo se ha acabado”. Las aspas del ventilador que pendía de un travesaño del techo no hacían más que desparramar el calor húmedo de la habitación. Todo estaba quieto y en silencio y ella sabía que eso significaba la inminencia de la lluvia; la sábana de abajo estaba replegada y húmeda; ella apoyó su cuerpo desnudo en los codos para cambiar de postura; él dormía de espaldas, una de sus manos replegadas sobre el pecho; ella le tomó esa mano y se la llevó a los labios y luego con sus dos manos la atrajo húmeda y tibia sobre su vientre.

“¿Has llorado alguna vez?”, le preguntó. Ella estaba segura de que él la escuchaba. Las aspas se movían despaciosamente y las primeras grandes gotas de la lluvia sonaron sobre la calamina del techo como estampidos secos y calientes.

“Sé que estás despierto... Lo sé por el ritmo de tu respiración.” A él esto le hizo gracia y no pudo evitar reírse.

“¿Has llorado alguna vez?”

“Sí”, dijo él. “Claro que sí. Sólo los hijos de puta no lloran.”

Ella llevó su mano dura a sus labios, como un intento de que él compartiera su ternura.

“¿Cuándo?”, él había abierto los ojos.

“¿Cuándo?”

“Sí.”

“¿Para qué querrías saberlo?”

“Es cosa mía.” Enseguida dijo: “Una mujer es enemiga de los puntos suspensivos... Quiero saber. El llanto, haber llorado, digo, ¿fue a causa de una mujer?”

“¿Qué te importa saberlo?”

“A una mujer le importa de la otra mujer.”

Ahora se acomodó en la cama de otro modo. Empezaba a llover.

“Por favor, tienes que decírmelo: ¿soy bonita?” Él sintió esta pregunta como inevitable. O como un aguijón súbito, como una estupidez, o como una culpa.

“¿Qué te importa saberlo?”

Ella al escucharlo se volvió para estrecharse aún más contra él. Ahora parecía más pequeña sobre su pecho. Y estuvo así, callada un largo momento.

“¿Qué pasa?”

“Nada”, dijo ella. “Ahora sí sé que sólo has tenido en tu vida nada más que una o dos, o tres mujeres. O ninguna.”

Ella entonces comenzó a besarlo y él sintió su cuerpo rígido y palpitante y suave a la vez.

“¿Puedo preguntarte algo?”, dijo ella. “Creo que todos mis amores nacieron muertos. ¿Por qué?”

“Ésa no es una pregunta.”

“¿Por qué? Sí es una pregunta”, dijo ella.

El viento cesó y ahora llovía. Los postigones de la habitación dejaban entrar buena parte de la luz de esa tarde.

“Porque el amor no vive de las sobras”, dijo él.

Hilde había aprendido también lo que era el sonido de la lluvia, había aprendido que la lluvia es tal como es y no como se piensa y escribe sobre ella. Hasta entonces sólo había tenido su idea, o idealización, pero ahora aquel sonido premonitorio, esa quietud henchida, el húmedo calor, la incontinencia, sintió también que empezaba a ser ella misma.

¿Acaso somos siempre iguales? ¿Acaso no cambiamos? Con sólo vivir cambiamos porque únicamente lo que está muerto no cambia. Y sin embargo también el tiempo afecta la muerte, hace desaparecer los vestigios de la vida y de la muerte. Sólo quedan, a veces, los monumentos como equívocos testigos, pero tampoco son los mismos elevados alguna vez por la voluntad vanidosa de los hombres. Nada quedará al cabo, sólo ceniza, viento y oscuridad.

El puente ha sido construido, está prácticamente terminado, incluso ha salido airoso de las pruebas de resistencia. Ese día o al siguiente ha llegado en la locomotora de prueba un funcionario a quien los demás llamaban el superintendente, un hombre menudo, pálido, de ropa negra y canotier, de camisa blanca, corbata oscura y condescendiente. Este hombre no dijo una sola frase de entusiasmo, por el contrario, alguien escuchó que mascullaba “todos cumplieron de una manera u otra con su deber. No hubiéramos permitido otra cosa. Todos hicieron bien, eso sí, de que sus mujeres no influyeran sobre la obra. Y esto gracias a los extranjeros, que no pudieron haber permitido otra cosa. Solamente los extranjeros no se preguntan para qué y si todos nos preguntáramos para qué, ¿se darían ustedes cuenta del despropósito y la vergüenza?”. Los que oyeron este discurso dicho en voz baja, dos o tres, no pudieron sino aplaudirlo, y asentir callados los otros; pero el resto que ni siquiera lo oyó permaneció contrito y en silencio, como esperando que se dijera algo más y en voz alta para por lo menos aplaudir. Después el superintendente dijo: “Este puente ya es como el informe o

el discurso de un explorador extranjero; de ahora en adelante nada será igual porque un puente sirve para empujarnos los pies y para empujarnos la imaginación y las ganas y para hacer que los ciudadanos nos convirtamos en exploradores y poder saber alguna vez todo lo que está enterrado en adelante”.

¿Pero qué era lo que estaba enterrado en adelante?

Se trataba de saber quién de los dos se atrevía a quedarse más tiempo con el cartucho de dinamita encendido en la mano.

—¿Aceptas o no?

Janos ni siquiera contestó, giró y se puso de espaldas como para irse.

—¡Janos! ¿Serás un cobarde, serás tan estúpido como tu país, como los demás húngaros?

—Yo no tengo país.

—Janos, si no lo oyes, se matará igual... Por favor.

—¿Si no lo oigo?

—Si lo ignoras. Yo lo conozco. Está borracho otra vez... Si todos le dan la espalda él creerá que no existe y lo hará.

Strasser los miraba sonriente, tenía ya el cartucho de dinamita sin encender en la mano.

—Los húngaros son iguales que esos otros cabrones... ¿O es que acaso ahora te importa el puente?

—Por favor, Janos... Dile que sí y no lo hará... Debes decírselo por piedad, para que exista... Lo hace sólo por eso... Quiere ganar, alguna vez. Lo conozco... Quiere ser él.

Janos la miró por una sola vez al escuchar eso.

—¿Lo amas?

El grupo de peones aterrorizados se replegó aún más. En el fondo se veía la estructura del puente sobre el río contra un cielo azul sin nubes.

—Ya está el puente hecho —había dicho Strasser—. Ahora falta saber para qué. Esto es lo que a nosotros no nos importa. Al menos a nosotros, hablo de ella y de mí. Nos pagarán por esto y cualquier otra cosa no nos importa. No nos importa el puente, y el río tampoco nos importa. Últimamente el interés de los geógrafos por los ríos ha disminuido, como ha disminuido el interés por las mareas, por las tierras inexploradas. Sólo se ha acrecentado el interés por las ciudades como blanco de bombardeo... Dicen ahora que de esta guerra se salvarán los científicos, no los soldados; quieren decir, serán los únicos que tendrán su monumento.

Este puente hecho por todos es como un símbolo. Para verlo ha venido el superintendente y ha venido un fotógrafo; el fotógrafo ha pedido que los obreros constructores se agrupen sobre el puente para una fotografía. También ha venido un periodista. Se diría que alguien le concede una importancia especial. Corre el rumor, que a poco se desvanece, por cierto, de que todos los que trabajaron en el puente serían condecorados porque merecían la gratitud de la nación. Por eso quizá cuando se enteraron de la fugaz llegada del superintendente han acudido contritos y orgullosos como escolares ante el tribunal de exámenes. El puente, ahora que los hombres lo observan, era bello de verdad, gigantesco para el resto de lo que había allí hecho por el hombre, nada lúgubre en su transparencia, contundente, severo, diseñado para siempre y cuya grandeza quizá no residía en su sólida construcción, una maravilla de piedra y de hierro y enigmática como una tumba monumental, como el símbolo de un país que quiere ser más que sus propios taparrabos.

Tampoco a él —a mi padre— le importaba demasiado el puente, salvo como un símbolo para huir hacia los márgenes. No como aquel puente de Alcántara, que ése sí que unía la tierra dura y vieja, la de las ruinas históricas y del vino blanco y agrio y de las olivas y del pan en la mano: cuando quizá sin saberlo ni desearlo me aparté de los demás y de pronto me vi con un tomate maduro, un trozo de pan en la mano, un pedazo de queso y una jarra de vino áspero.

Ella vino a decirle que no podía hacer nada por evitarlo: “Él quiere hacerlo; quiere no ser él, quiere destruirse”.

Todos los demás se habían puesto al costado.

“Janos”, dijo Strasser, “sólo quedamos dos. Y este puente que no sirve para nada. Sólo quedamos dos y una mujer. Dos hombres y una mujer no sirven sino para iniciar una guerra que después la cantarán los ciegos.”

“¿Lo amas?” —dijo Strasser pero en voz baja porque sólo hablaba para ella. Todos los demás, innominados como los hombres y las mujeres de este país, se habían replegado y en realidad ya nadie los vería; los hombres anónimos, ¿a cuántos conocía por sus nombres?

Los últimos días de la construcción fueron más exigidos, los supervivientes están cubiertos por una costra de suciedad, en los dedos tienen callos y en los pies; el calzado y la ropa destrozados, los rostros demacrados, los labios resecos.

Las brigadas permanecieron en la retaguardia sólo tres días; la once ya entraría en combate mañana, al parecer pronto le tocaría el turno también a la doceava. El enemigo ha emprendido la ofensiva en la zona de Brunete, en dirección a Boadilla del Monte. Hay facciosos apoyados por un intenso fuego de artillería, lanzaron varios ataques de tanques pero, por ahora, no han logrado tomar el pueblo.

—Está bien —dijo Janos.

—¿Qué quiere demostrar, Strasser?

—Ya me lo has preguntado antes... Un hombre de verdad no hace tantas preguntas. Caminemos hasta debajo del puente.

Él la buscó entre todos, pero todos se habían replegado temerosos.

—Strasser, usted está loco... ¿Para qué tanto esfuerzo? ¿Quién ganará con esto?

—¿Tiene usted algo que perder, Janos? Ya lo ha perdido todo. Encendamos la mecha.

—No; esto es sólo una actuación... Yo no soy un payaso.

—¿No? ¿Usted cree que he andado quince mil kilómetros para ser un payaso?

Otra vez, el estruendo, la sangre, la muerte. Janos por un instante que dura seguramente una eternidad pudo hacer el examen de su vida, como instantáneas en el lenguaje de los fotógrafos sus recuerdos de fraternidad, de hermanazgo accidental con la muerte. Nuestros pequeños muertos anónimos en los campos yermos o al cruzar un río, cuando todos decíamos *hay que hacerlo*, y nadie se preguntaba por qué ese discurso heroico, insensato, era más solemne e imponente no que las catedrales, que ametrallábamos, sino que las propias montañas. ¿Por qué? ¿Por qué? Ahora sí fue consciente de que se lo preguntó. Porque en mi experiencia de la destrucción y de la muerte no había incluido la mía propia. Pero yo lo he perdido todo, salvo seguir viviendo. Ahora el otro estaba allí; era como yo mismo. Yo había logrado ganar pero no apostar nunca a perderlo todo, y, a la vez, lo había perdido todo salvo la vida. Todos mis testimonios de la muerte han sido de afuera. Yo no he buscado verme en mi prójimo, salvo en aquel de mi propio bando; nunca he buscado en Dios.

Todo esto sentía yo en aquel instante como cuentan de quien está a punto de ahogarse. Había oído decir siempre, y lo tenía por cierto, que la fraternidad, que el destino no borra nuestras convicciones. Pero los grandes desastres aplastan por igual los sentimientos y las frases que los expresan. Cada rebelión termina en un hombre silencioso, tal vez avergonzado de su puerilidad. Este hombre que ha enloquecido por no saber amar, que ya lo ha perdido todo por haber creído que la muerte es el galardón de la vida, que la heroicidad es como la ronda de las tinieblas, ya no puede escapar a su destino. Tampoco yo, quizás.

¿Por qué recuerdo en este momento, de todos los cuadros de Goya, aquel de la cabeza de un perro que procura superar un promontorio? ¿Qué quiso decir? Tal vez que nuestra condición, la de vagabundos y funcionarios, no sea ni pueda ser más que eso. Los camilleros silenciosos, casi siempre hombres viejos o tullidos que no servían ya para otra cosa, llevando el resto aún

palpitante y vivo de los que ya no serían más combatientes, de aquellos campesinos metidos a soldados que sólo sabían morir y de aquellas mujeres que lloraban sin un gesto mientras la llovizna y la metralla caían sobre los naranjos y los niños habían dejado de jugar no por la muerte sino por el retraimiento que provoca el hambre.

Todos los demás se habían apartado, lejos de ellos dos a la orilla del río debajo del puente. Casi debajo del puente los combates, que luego sumados serían la batalla del Jarama, no habían propiamente comenzado. También entonces los primeros actos habían sido una especie de fiesta. La fiesta había comenzado con un acto solemne en La Cucaracha, una sala de cine en las afueras, con el salón adornado con ramas verdes y retratos de dirigentes y de héroes; en las primeras filas se sentaron los heridos, es decir los que podían sentarse, luciendo sus vendas nuevas o limpias. El que dirigía era un hombre bajito, un español de gafas oscuras —tenía los ojos enfermos—, y tenía un vozarrón inesperadamente recio. Todos lo recordaban: era como hoy, febrero 23, el Día del Ejército Rojo. Los tanquistas —rusos— saludaron y dieron a conocer el programa de festejos. Lo primero fueron los fuegos de artificios, suspendidos, dijeron —bajo protesta del público— para no alertar a la aviación enemiga. Y después... al final las adivinanzas, sólo para castellanos, valencianos, catalanes, después entonaron las *chançons* parisinas, las melodías normandas, saboyanas, languedocianas, y después, todos borrachos, las apuestas; ni Fritz, el jefe del batallón de tanques, iba a salir ileso y apostó todo lo que tenía, que era muy poco, contra su propia vida y la perdió, porque esto suele suceder cuando los hombres han tenido que matar demasiado.

—Está bien —dijo Janos. Pero antes de decirlo la buscó con los ojos, la buscó quizá para preguntarle, para hacerle la última pregunta, como quien busca ya no el amor, seguramente, sino la irrisión de la fraternidad, un gesto, una señal que lo ayudara a comprender que todo no era lo mismo.

Se buscó a dos hombres justos que prendieran la mecha al mismo tiempo. ¿Por qué nadie lo impidió? Se lo preguntará durante toda la vida que le queda. Alguien debía contar, ésta era una de las condiciones, y contó. Entonces la explosión se llevó a Strasser y destruyó un tramo del puente y también estuvo a punto de llevarse la mano, el brazo y la vida de Janos.

El mundo es incomprensible, había dicho Sara la enfermera judía aquella vez, en el hospital improvisado donde Pilar, de quien nunca vería su cara, yacía. Ustedes creen en los libros, al menos en algunos libros, pero no en *el libro*. Todo es más simple si uno lee y cree en un solo libro. El libro. Una mosca zumbaba en la tarde aquella, tres días después.

Uno de los tramos del puente había quedado destruido; la mayor parte de los trabajadores se había marchado. Sólo quedaba lo demás, las montañas, la lucidez del cielo, los pájaros, como siempre. Janos había perdido una mano que ahora reemplazaba un muñón sanguinolento y estaba postrado en un camastro, puesto que la cabaña del obrador también había quedado destruida.

Tres días después, cuando los escombros habían sido despejados, Janos vio a Hilde de pie junto a su cama de donde se había negado a que lo movieran. Ella caminó los tres pasos que la separaban desde la puerta hasta la cama y acercándose a él dice: “Janos, ¿todo debía ser así?”. Él con esfuerzo se incorpora sobre sus codos, aún tiene la saliva sanguinolenta y le escupe en la cara.

Eso fue una tarde. Ella estuvo llorando hasta que las primeras sombras comenzaban a confundir las cosas.

Más tarde fue cuando Tilo a sus espaldas dijo: “Mi madre ya no está y yo no estoy. Tu marido ya no está ni los demás tampoco. Creías haber reemplazado a uno por otro pero sin darte cuenta que eran el mismo. Tampoco yo existo; pero hay un solo tiempo importante: ahora. Es el tiempo más importante porque es el único momento en que tenemos algún poder”.

El río reivindicó su cauce, una orilla y la otra volvieron a estar separadas, así como unos árboles de otros. ¿Qué sé yo de los árboles, sino es esta realidad que se encuentra detrás de estas pobres palabras?

Ella, una mañana bien temprano, se subió *altilbury* de Tilo y ambos y el bandoneón desaparecieron al sur.

Hay en estas remotas provincias quienes tienen una ascendencia simple y clara y otros que no. La mía es confusa, contradictoria, conjetural y arbitraria. Dentro de mí hay una confluencia de raíces y ramas, de bosques y de una tierra oscura hecha de miles de años de deterioro y este susurro, este recuerdo de frágiles hojas temblando frente a mis ojos. La realidad que estos deshilvanados recuerdos me deparan a partir de estas pobres palabras, la mirada de los ojos, de las voces, de los pensamientos sugeridos por algunos aromas o por el volar de unos pájaros en el atardecer, que juntan sus voluntades y hablan eternamente para comprender. Yo sé que sé. La piedra, el guijarro, el polvo y el viento. Nadie podrá vivir para relatar la historia de su propio padre. Para entrar en contacto con el árbol tienes que poner tu mano sobre él y las palabras no te van a ayudar. ¿Qué sé yo de los árboles si no es esta realidad que se encuentra detrás de estas pobres palabras?

Ésta es la historia, fragmentaria como todas, de los años que me precedieron. Ella cabe en una pequeña carpeta. Porque todas las historias pasadas, creemos, son más breves que la nuestra ya que admiten la gracia del resumen.

Mi padre llegó a este país como todos; se fue buscando una luz más clara y regresó. Puso una piedra sobre la otra mientras escuchaba canciones que decían “me he tendido entre las hojas del otoño / y mis narices han respirado el humo de su sacrificio”.

¿Qué sé yo de esta realidad que se encuentra detrás de estas pobres palabras? Lo mismo hacen la lengua, los labios, los oídos, los ojos y dedos, juntan sus voces y hablan internamente para comprender. No trato de llevar a nadie a este extraño lugar de mis pensamientos, lo llevo al bosque y lo dejo entre los árboles, hasta que encuentre los árboles dentro de sí mismo y se encuentre a sí mismo dentro de los árboles.

El daño de la explosión en el puente no fue grande. La Administración simuló un accidente menor. Su reparación ni siquiera mereció que el superintendente regresara. Cuando todo estuvo en su lugar, volvieron la máquina y los vagones a probar la resistencia y la hallaron buena y así fue como la pequeña historia de este lugar desapareció como el celaje del amanecer.

Y así fue también como Janos, mi padre, se quedó solo para siempre.

Yala, 31 de mayo de 1997

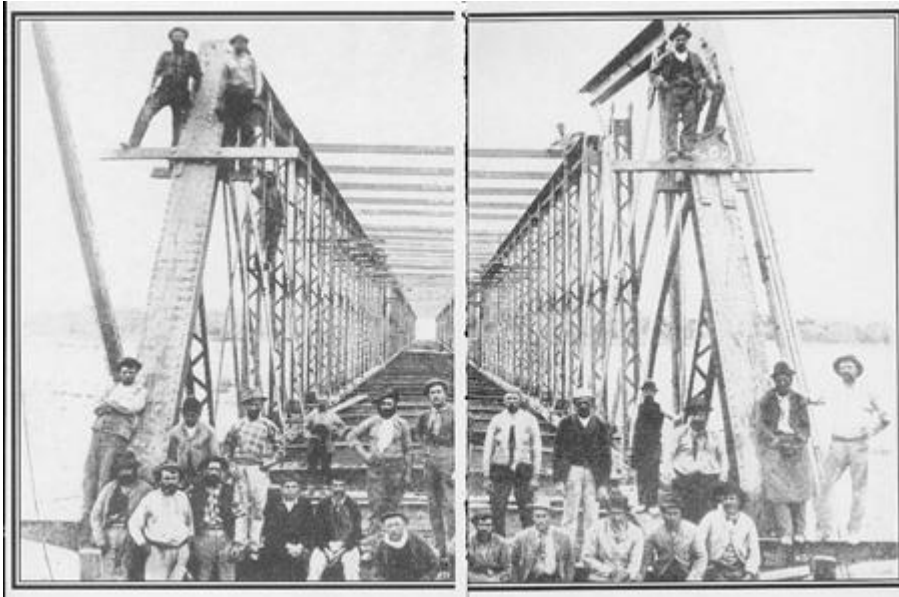














HÉCTOR TIZÓN

Ex diplomático, en la actualidad se desempeña como juez en Jujuy, su provincia natal. Ha publicado, entre otros títulos, los libros de relatos *A un costado de los rieles* (1960; Alfaguara, 2001) y *El gallo blanco* (Alfaguara, 1992); las novelas *Fuego en Casabindo* (1969; Alfaguara, 2000), *El cantar del profeta y el bandido* (1972; Alfaguara, 2004), *Sota de bastos, caballo de espadas* (1975; Alfaguara, 2003), *La casa y el viento* (1984; Alfaguara, 2001), *El viaje* (1988), *Luz de las crueles provincias* (Alfaguara, 1995), *La mujer de Strasser* (1997), *Extraño y pálido fulgor* (Alfaguara, 1999), *El viejo soldado* (Alfaguara, 2002), *La belleza del mundo* (2004) y *El hombre que llegó a un pueblo* (1988; Alfaguara, 2005). Sus artículos y ensayos han sido recopilados en *Tierras de frontera* (Alfaguara, 2000) y en *No es posible callar* (Taurus, 2004), y sus relatos en *Cuentos completos* (Alfaguara, 2006). Su obra ha sido traducida al francés, inglés, ruso, polaco y alemán. En 2008 publicó las memorias *El resplandor de la hoguera* (Alfaguara). Ha recibido, entre otros, los premios Konex, Academia Nacional de las Letras, Consagración y el Gran Premio 2000 del Fondo Nacional de las Artes. En 1996 fue condecorado con el título de Caballero de la Orden de las Artes y las Letras por el gobierno de Francia. Es uno de los más grandes narradores contemporáneos en lengua española.

© Claudio Carrizo